



**DON JUAN** de **GUILHERME FIGUEIREDO**

**VICENTE CASTRO**

**VIRAZON INC.**

SEMINARIO MUL. DISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

80/0911e)

11810811

## DON JUAN

Esta obra se estrenó en el teatro Candilejas, de Buenos Aires, el día 8 de abril de 1958.

### REPARTO

DON JUAN TENORIO	<i>Oswaldo Pacheco</i>
LEPORELLO, su criado	<i>Jorge Monteagudo</i>
COMENDADOR DON GONZALO DE ULLOA	<i>Tino Pascali</i>
DOÑA ISABEL	<i>Marcela Sola</i>
DOÑA ANA, hija del Comendador	<i>Graciela Borges</i>

Dirección: *Marcelo Lavalle.*

Escenografía y vestuario: *Luis Diego Pedreira.*

Coreografía: *Evet Gaiani.*

Asesoramiento musical: *López Chuhurra.*

Asistente de dirección: *Oswaldo de la Vega.*

Luminotécnico: *Vico.*

Realización vestuario: *Ester y León Mukowoz.*

Realización escenográfica: *Rómulo y Juan Mellebruck.*

Fotos: *Carlos.*

Diagramación publicitaria: *Mario Pucciarelli.*

Dirección general: *Luis José Crocco.*

Acción: Sevilla, época indeterminada. Estilización del siglo XVII.

Escenario único: Sala de la residencia de Don Juan Tenorio. Balcón andaluz florido, a foro. Mesa de comedor, dos sillas. Una "marquise". En la pared, panoplia con espadas. Puerta que comunica a las habitaciones de Don Juan, a la derecha, junto a la panoplia. Puerta de entrada a la habitación de Leporello, a izquierda.

### ACTO PRIMERO

*En una de las sillas, de espaldas al público, está sentado DON JUAN. Oscuridad. Un débil rayo de luna entra por el balcón. Un trozo de música inicial, el segundo tiempo de Eine Kleine Nachtmusik, debe escucharse desde antes que se descorra el telón hasta la entrada de LEPORELLO. Entra éste con dos candelabros para la mesa, que acaba de aprontar.*

DON JUAN. — Nada de velas, Leporello.

LEPORELLO. — ¿Una cena a oscuras, señor? Las mujeres gustan de ser vistas antes de ser amadas. Es bello ver brillar unos dientes femeninos que muerden mientras nos sonríen.

DON JUAN. — ¡He dicho que nada de velas! Quien viene aquí es un hombre.

LEPORELLO. — ¿Un hombre? ¡Qué decadencia, don Juan! ¿Desde cuándo el burlador de Sevilla ofrece comidas a hombres?

DON JUAN. — Si no lo hice antes es por tu culpa. Tus intrigas, la fama que esparces de mis aventuras, la conmoción que suscitaste entre las señoras, todo me impide tener amigos. Hasta hoy no tropecé con ningún hombre en cuyos ojos no leyera rencor y envidia.

LEPORELLO. — Tu nobleza es muy reciente... Y tu sangre azul todavía no sabe soportar odios. Si fueses como yo...

DON JUAN. — ¿Como tú? Un escritor florentino caído en desgracia, sin fortuna y sin castillo? Un infeliz conchabado por conmiseración para enseñarme el arte de comportarse en sociedad... Tú ya no tienes derecho al odio. Si lo tuvieras, no habrías aceptado este menester.

LEPORELLO. — ¡Oh, señor! Almorzar y cenar regularmente hacen bien a la salud. (*Transición.*) ¡Odiado! ¿No es admirable? En compensación, ninguna mujer miró a don

Juan sin que él tuviese la certidumbre de que a la menor seña ella acudiría.

DON JUAN (*después de un silencio*). — Nada de velas, Leporello.

LEPORELLO. — Don Juan recibiendo hombres en su casa...

DON JUAN. — A decir verdad, no es un hombre. Fue un hombre. Es un fantasma.

LEPORELLO (*aterrado*). — ¿Un fantasma?

DON JUAN. — Los fantasmas no gustan de la claridad. Nada de velas, Leporello.

LEPORELLO. — Entonces, ¿es verdad que esperas a un fantasma? ¿Alguna de tus amantes difuntas? ¿O es una metáfora: un amor finado?

DON JUAN. — Un fantasma de hombre, si es que los fantasmas tienen sexo. El fantasma de don Gonzalo de Ulloa.

LEPORELLO. — Es posible que estés envejeciendo para las mujeres, pero no tanto que llegues a caducar para tu criado.

DON JUAN (*levantándose*). — Anoche, cuando cruzaba la plaza, la luna iluminó la estatua de don Gonzalo, la gran estatua de piedra que el rey mandó erigir en memoria de su leal servidor. Cuando miré hacia ella tuve la sensación de no estar solo. ¿Conoces esa sensación? La de sentirse observado, a distancia, aunque todavía no hayas visto los ojos de quien te espía. Empuñé la espada y eché un vistazo a la plaza desierta. Nadie. Eran los ojos de piedra de don Gonzalo que miraban. Primero pensé ofrecerle una serenata, pero preferí gritarle un apodo grotesco. Las serenatas a las estatuas pueden confundirse con oraciones. Las estatuas fueron hechas para que se les espeten discursos o sobrenombres grotescos. Y entonces, Leporello, el Comendador Gonzalo de Ulloa abrió sus labios de piedra...

LEPORELLO. — Habías bebido de más...

DON JUAN. — Es posible. Me pareció que la estatua preguntaba: “¿Vienes a buscar el castigo, don Juan?” Yo pregunté a mi vez: “¿Qué piensas hacer, viejo reblandecido?” “Arrepiéntete.” “No tengo de qué arrepentirme. Pero, si quieres platicar conmigo, aparécete mañana en mi casa. Ahora tengo sueño.” “¿Vienes de cometer alguna nueva infamia?” “Vengo de casa de mi tío don Pedro, tu amigo.”

[8]

“¿Ahora te dedicas a seducir a tus propias parientes? Mañana a medianoche estaré contigo.” “¿Tú piensas que las estatuas pueden andar? Las estatuas se mueven cuando lo resuelve el Intendente.” “¡Ya verás!” “¡Adiós, hombre de piedra!” “Tú, eres un hombre de piedra, don Juan” Y así, con esta réplica de mala literatura, terminó nuestra conversación.

LEPORELLO. — Tú estás loco. Las estatuas no hablan. Lo que oíste fue la voz de tu conciencia.

DON JUAN. — Es bueno, de vez en cuando, jugar con lo sobrenatural. Un milagro que no se realiza retempla nuestra confianza en la lógica de lo cotidiano. (*Un reloj de pie comienza a dar las doce campanadas de medianoche. El sonido va in crescendo.*) ¿Ves? Ahí tiene oportunidad el misterio de probar que es misterio. (*Gritando.*) ¡Don Gonzalo de Ulloa!

LEPORELLO. — ¡Estás loco! Aún podías amar a tantas mujeres...

DON JUAN (*gritando a través de las campanadas*). — ¡Don Gonzalo, aparece! ¡Poderes del cielo y del infierno, haced el milagro si sois capaces! (*Tres golpes a la puerta de izquierda. Leporello tiembla.*) Ve a abrir, Leporello. Hace mucho que las mujeres de Sevilla golpean por la noche a mi puerta. (*Nuevas llamadas.*) ¡Apaga las velas, Leporello! Si fuese un fantasma la luz puede ofenderlo. Si fuese una mujer, yo la amaré en las sombras sin ver su rostro y sin preguntar su nombre. (*Leporello y don Juan apagan las velas. Leporello va a abrir.*)

LEPORELLO (*antes de abrir*). — ¿No es mejor fingir que no hay nadie en casa? (*Gritando hacia la puerta.*) ¡En la casa no hay nadie!

DON JUAN. — ¡Abre!

LEPORELLO. — Empuña la espada, señor.

DON JUAN. — ¡Cobarde! (*Leporello abre la puerta y retrocede espantado. Entra la estatua del Comendador Don Gonzalo de Ulloa. Don Juan saluda.*) Cuánto placer, Comendador. (*El Comendador le tiende la mano.*)

LEPORELLO. — No estreches su mano, don Juan. Es así como los fantasmas se llevan a los mortales al infierno.

[9]

DON JUAN. — ¡Tonterías! *(Muy amablemente.)* Esta es su casa. *(Le estrecha la mano y se contrae por la fuerza del comendador.)* ¡Qué mano... tan fría!

COMENDADOR. — Acepté tu invitación.

DON JUAN. — ¡Muy gentil! ¿No quieres sentarte?

COMENDADOR. — Prefiero estar de pie. No te imaginas el sacrificio que significa doblar rodillas de piedra.

DON JUAN. — ¿Una copa de vino? *(A Leporello.)* ¡Sirve! *(Leporello sirve trémulo. El Comendador rehusa con un gesto.)*

COMENDADOR. — Las estatuas no beben. Sólo las fuentes públicas. Pero yo no soy una fuente, soy una estatua.

DON JUAN. — ¿Cigarrillos?

COMENDADOR. — No fumo. Y no trates de ser amable conmigo. No es esta una visita de cortesía.

DON JUAN. — Entonces, con permiso. *(Escoge un cigarrillo, toma un fósforo, busca dónde encenderlo, no encuentra.)* ¡Con permiso! *(Enciende raspando la cerilla sobre la capa del Comendador.)* Práctico, ¿no?

COMENDADOR. — Vine para castigarte.

DON JUAN. — Y yo estoy dispuesto a darte todas las satisfacciones que quieras.

COMENDADOR. — Dile a ese pobre diablo que se retire. *(Indica a Leporello.)*

DON JUAN. — Leporello no espera otra cosa. ¡Retírate! *(Leporello sale por derecha.)* Es apasionante recibir en la propia casa la visita del fantasma de un hombre de cuya muerte nos acusan.

COMENDADOR. — ¿Con semejante frialdad confiesas ser mi asesino?

DON JUAN. — ¿Por qué no? Estoy frente a lo irremediable. Y como en el juicio final: nada que hacer.

COMENDADOR. — ¡Eres un cínico!

DON JUAN. — Llámame el Burlador de Sevilla.

COMENDADOR. — ¡Eres un crápula!

DON JUAN. — Las mujeres, me aman; los hombres, me envidian.

COMENDADOR. — ¡Eres un depravado!

[10]

DON JUAN. — ¡No, eso no! Di que soy un cínico. Di que soy un asesino. ¡Pero no me llames depravado!

COMENDADOR. — ¡Eres un depravado! Deshonraste a mi hija, a mi pobre hija, encanto de la vejez de un padre... *(Llora desesperado.)* ¡En la plaza, los ojos que me miran me hieren como un insulto, no como admiración a mi figura o a la maravilla del arte del escultor que me forjó! No soy la imagen de la lealtad al rey: ¡soy el símbolo de la vergüenza doméstica! Soy el hombre muerto por el hombre que ultrajó a mi hija! ¡Infame!

DON JUAN. — ¡Te prohíbo que me insultes! Si fueses de carne volvería a atravesarte con mi espada. Pero hoy tienes la impunidad de los seres de piedra: es una superioridad en armas.

COMENDADOR. — ¡No hagas frases, don Juan! ¡Vine aquí para llevarte al infierno!

DON JUAN. — Tú me sacarás de otro infierno. El mundo me asquea.

COMENDADOR. — Eres tú que asqueas al mundo.

DON JUAN. — No me insultes, repito. Si le hubieses dado unas buenas palmadas a tu hija cuando era pequeña, ella no hubiera venido a mi casa. ¡Viejo cándido! Vamos, llévame a tu infierno. Por lo menos estaré libre...

COMENDADOR. — ¡Libre de qué!

DON JUAN. — ¿Quieres que te cuente? ¿Quieres saber? Tuviste sobre tanto otros muertos la ventaja de haber muerto sin saber la verdad. ¿Por qué la quieres saber ahora? ¿Por qué no descansas en paz en lo alto de tu pedestal de padre honrado?

COMENDADOR. — ¿Qué trucos pretendes usar? ¿Qué verdad puedes contar ahora?

DON JUAN. — Mi verdad. *(Con la mayor sinceridad del mundo.)* Yo nunca seduje a mujer alguna. *(Estupefacción del Comendador.)*

COMENDADOR. — No seas farsante... Doña Isabel, a quien tanto amé...

DON JUAN *(interrumpiendo)*. — La mujer más vacía del mundo, con tu permiso. No la seduje. Era ella la que vivía detrás mío. Por eso correspondías con tu odio a mi amistad.

[11]

COMENDADOR. — Nunca sedujiste a nadie... Si quieres mi perdón, es tarde. ¿Crees que no sé a cuántas sedujiste? (*Critando.*) ¡Leporello! (*Leporello aparece desfavorido.*) Declama la lista.

LEPORELLO. — Qué... qué... ¿Qué lista?

COMENDADOR. — ¡No te hagas el tonto! Tu lista, la que leías en la taberna para todos los lacayos. La que leías en voz alta en el atrio de la iglesia para los palafreneros. La lista de las hazañas de tu amo...

LEPORELLO. — ¿El... el... el catálogo?

COMENDADOR. — ¡Vamos! ¿Dónde están las mil y tres?

DON JUAN. — Recita, Leporello, tu broma de mal gusto.

LEPORELLO (*saca de su chaqueta un cuaderno que va leyendo, constreñido y amedrentado*). — Primero... cuando él tenía trece años... la camarera de su señora madre... Luego... una prima... que venía a saltar la cuerda... Después, la profesora de buenas costumbres, una joven muy tranquila... De camino a la Universidad, la hospedera y sus dos hijas... Durante el curso, resumiendo, veinte burguesas de Salamanca, ocho mozas de feria, doce pastoras, siete actrices de teatro, las esposas de cinco toreros, las madres de nueve colegas... Venecia: la sobrina de un barón, la hermana de un conde, cinco hermanas de un gondolero... Nápoles: tres damas de la corte, dos pescadoras... (*En tono de aclaración.*) En Nápoles estuvo solamente un "week end". París...

COMENDADOR. — En París basta decir el total (*Leporello salta cinco hojas.*) ¿Todo eso es París?

LEPORELLO. — Y sus alrededores, señor. Exactamente dos mil trescientos cuarenta y ocho y media.

COMENDADOR. — ¿Por qué "y media"?

LEPORELLO. — Sorprendido en flagrante. ¡Marido! Lisboa...

COMENDADOR. — ¿Cuántas páginas tiene Lisboa?

LEPORELLO. — Cinco líneas.

COMENDADOR. — ¡Qué ciudad flaca!

LEPORELLO. — Viena: treinta cantantes. Polonia: cincuenta y cuatro señoras surtidas. Moscú: dos grandes duquesas, todo el cuerpo de baile de la Ópera Real. (*Explicando.*) El

[12]

Zar tuvo que dar nueve meses de vacaciones a la Ópera de Moscú. Londres: cuatro viejas señoras. Es poco, pero don Juan no habla inglés. Madrid: ¿Cuántas mujeres hay en Madrid? Números redondos...

COMENDADOR. — Sesenta mil.

LEPORELLO. — Calculemos el cincuenta por ciento. Sevilla...

COMENDADOR. — Es suficiente. Retírate. (*Leporello sale por derecha.*) ¿Qué dices de eso, corruptor?

DON JUAN. — Lo que ya dije. Una infamia.

COMENDADOR. — Son hechos que todos conocen. ¿Cómo insistes en negar tus crímenes?

DON JUAN. — Insisto. Porque nada de esto es verdad. En torno mío hay una conspiración permanente. Vivo envuelto en una atmósfera de leyendas que ni siquiera invento. Pero bien llego comienzan las murmuraciones. Todos los ojos femeninos se agrandan. Sus sonrisas relampaguean. Los hombres rechinan los dientes. Las mujeres se entregan sin que uno dé un paso para alcanzarlas. Los jardineros me acusan de hollar de noche los canteros. ¿Pero alguno de ellos me sorprendió, acaso, haciéndolo?

COMENDADOR. — Porque eres discreto.

DON JUAN. — Pregunta a cualquier florista si alguna vez compré una rosa que estuviese destinada a una mujer.

COMENDADOR. — Porque eres cauto.

DON JUAN. — Y a cualquier joyero si fui a escoger algún collar, alguna pulsera...

COMENDADOR. — Porque eres avaro.

DON JUAN. — Busca en mis libros, a ver si encuentras una sola flor de nomeolvides entre sus páginas...

COMENDADOR. — Porque no tienes nostalgias.

DON JUAN. — Pregunta a Arlequín si alguna vez lo contraté para que me acompañe a ofrecer una serenata...

COMENDADOR. — Porque no eres un artista.

DON JUAN. — Y a los pescadores, a ver si dicen que alguna vez anduve por la playa cabizbajo, trazando nombres en la arena con la punta de la espada...

COMENDADOR. — Porque no sufriste.

DON JUAN. — Pregúntale al cartero si le entregué misi-

[13]

vas. Y al dueño del periódico si le di versos para publicar.

COMENDADOR. — Porque no eres un poeta.

DON JUAN. — Pero, entonces, ¿por qué me buscan si tengo tantos defectos?

COMENDADOR. — Porque las mujeres no sienten predilección por los hombres virtuosos.

DON JUAN. — La culpa, entonces, es de ellas, no mía.

COMENDADOR. — Es tuya: la de no ser virtuoso.

DON JUAN. — ¡Yo soy inocente, don Gonzalo, te lo juro! Soy inocente. No sabes qué horrible es entrar a una ciudad a caballo y escuchar a las madres que gritan: “¡María, adentro!” “¡Juana, cierra la ventana!” “¡Elvira, atranca la puerta!” Y pasar como si yo fuese una Lady Godiva al contrario, vestida de pecado, y sabiendo que detrás de cada mirilla los ojos espían y se ofrecen. No sabes cómo es de horrible el cotidiano temor de desplegar una servilleta con la certeza de encontrar en ella una esquila de amor... No puedes imaginar el número de llaves que me mandan, el número de mechones de cabello, de cartas de hedionda literatura amorosa... No sabes cómo fatiga oír siempre las mismas palabras: “Tú serás el primero, tú serás el único... Dime que ninguna te hace tan feliz... Yo guardé toda mi pureza para ti”. Y cómo es de difícil desprenderse, huir, encontrar un modo de desasirse de sus brazos, saltar a la grupa del caballo, abrirse un camino a punta de espada, aceptar encuentros a los que no acudo... Y los hombres, las miradas de desprecio de todos los hombres. *(Una pausa. Mira al Comendador. Señala sus ojos.)* Inclusive tu mirada, don Gonzalo, está más llena de odio por mi reputación que por tu deshonra.

COMENDADOR. — ¡Te prohibo que lo digas! ¿Cómo insultas así a un padre que sufre?

DON JUAN. — Yo no insulto. Estoy en tus manos. Tengo delante mío algunos minutos de vida. Si tienes ante ti a toda la eternidad, ¿por qué no escuchas mi historia? Escúchame. Tal vez sirva de consuelo y de lección para todos los que no lograron las mujeres que deseaban.

COMENDADOR. — ¿Qué me importa el consuelo? Perdí todo. Perdí el honor cuando sedujiste a mi hija. Perdí mi

[14]

amor cuando sedujiste a Isabel. Perdí la vida... No quiero ser consolado. Quiero vengarme.

DON JUAN. — Estás suficientemente vengado. No puedo tener más a tu hija, que me odia como tu asesino. Y debo padecer la persecución de Isabel, que está convencida de que la pertenezco, después de lo que pasó. No sé cuál es peor: la mujer que nos persigue o la que huye de nosotros... Escúchame... La historia empezó cuando aún estabas vivo... Cuando yo era tu amigo... *(Con las últimas palabras de don Juan cae el telón y vuelve a alzarse; mejor todavía será oscurecer totalmente el escenario y luego ir graduando lentamente la luz. Un fondo musical —la romanza de Eine Kleine Nachtmusik, de Mozart, sirve para dar continuidad a la narración, comenzando con las últimas palabras de don Juan y desapareciendo a medida que vuelven las luces o se alza el telón. La sala quedará completamente iluminada. Sobre la mesa, un gran cuaderno que Leporello consulta. Al centro, de frente, don Juan con el brazo extendido como si levantase la mano de una dama imaginaria en un paso de danza.)*

LEPORELLO *(prosiguiendo una lección)*. — ¡No, no, no! Esos movimientos tan duros son los de un guerrero envasado en su armadura, no los de un bailarín. Quiero una actitud dulce, la actitud de quien baila con una mujer hecha de plumas.

DON JUAN *(abandonando la “pose”)*. — Vete al infierno con esas delicadezas, Leporello. El propio Shakespeare, que es un buen poeta, dice en uno de sus sonetos que su amada se afirmaba bien en la tierra cuando andaba. Tú sabes de esto más que yo... ¡Mujer de plumas!... ¡Acabemos con esto! ¡Busca a otro para tus experiencias!

LEPORELLO. — No vas a desistir justamente ahora...

DON JUAN. — Ya estoy harto de seguir las reglas de tu maldito libro. Búscate otro.

LEPORELLO. — ¿Justo ahora? Hasta este momento nuestras experiencias infundieron respeto a mujercillas vulgares, niñas, burguesas, damas de sociedad, aristócratas fáciles. ¡Pero ahora, no! Ahora llegamos a la parte más importante de mi obra, a mi vida entera condensada en estas páginas.

[15]

Es la lección de mi maestro Maquiavelo para la política —los fines justifican los medios— aliada a la pedagogía de tu maestro Juan Luis Vives, todo aplicado a la estrategia del amor: (*Blandiendo el libro.*) “El arte de hacer amantes y conquistar mujeres”. La última palabra después del “Ars Amandi”, de Ovidio, el sésamo para todos los labios, la piedra filosofal del amor eterno, la llave de todas las alcobas, la ganzúa de todas las puertas, el aflojamiento de todos los corsés...

DON JUAN (*interrumpiéndolo*). — ¡No se le hace esto al amor! ¡Tu libro parece uno de esos almanaques idiotas venidos de América!: “Comed y adelgazad”, “Más amigos y mejores negocios”, “La timidez vencida en veinte lecciones”. Quieres transformar el amor en una partida de ajedrez del padre Ruy López.

LEPORELLO. — ¿Qué es lo que entiendes de amor? En esta materia siempre fuiste un inepto.

DON JUAN. — Y bien que te gustaría que así me dejase tu libro imbécil. Imagina si fuéramos a estandarizar todas las alegrías de la vida en códigos como ese... Cuando quisiéramos una limonada no tendríamos el placer de mondar el limón, añadirle agua fresca y azúcar: todo estaría ya embotellado, listo para el consumo, con una pajilla adentro. Los peces ya vendrían en latas cerradas. Para la música no sería necesario ir al concierto o a la plaza: un aparato mecánico reproduciría a Corelli o Palestrina envasados. En lugar de ir al teatro, a ver gente viva viviendo, tendrías el espectáculo delante tuyo, en tu casa, en un cuadro animado; en vez de ir a los baños de mar, tendrías luz de sol embotellada en una linterna mágica. Y para el juego sutil del amor tendrías esos preceptos de manual de cocineras “El arte de hacer amantes y conquistar mujeres”.

LEPORELLO. — ¡Utilísimo! ¿Quién no querrá un ejemplar? (*Va hacia el balcón y grita para afuera.*) ¡Sevillanos! ¡Aquí está el secreto de don Juan! Dos pesetas, dos horas de lectura, y no habrá marido a quien le asiente el sombrero. (*Vuélvese hacia don Juan.*) No, no retrocedas ahora... Es la hora de tu mayor triunfo!

DON JUAN. — Esta vez, ¿qué plato me preparas?

[16]

LEPORELLO. — El más raro, el más inaccesible, el más distante: la princesa de Francia, esposa de nuestro buen rey Fernando: ¡la reina de España!

DON JUAN. — ¡Leporello! ¡Yo soy un hidalgo! ¿Y me lealtad al rey?

LEPORELLO. — ¿Piensas que las cabezas de los reyes fueron hechas sólo para usar coronas? ¿Y qué las reinas se entregan de acuerdo con los tratados internacionales? ¡Vamos! (*Lee.*) “Capítulo veintiocho. De las reinas en general. Las reinas se tratan en la segunda personal del plural; para el candidato todo consiste en conseguir tratarlas en segunda del singular. Ejemplo primero: durante la daza. (*Suspende la lectura y habla con don Juan.*) Pavana, posición oficial. Esto ya lo sabes. Es el capítulo diez. (*Don Juan resume resignadamente la posición de danza. Leporello canturrea la pavana, que puede ser la “Romanza” de “Eine Kleine Nachtmusik”, marca el compás y de vez en cuando durante la lección dice palabras acompasándolas a la música.*) Tra... la... la... Más para adentro el antifonario... pecho saliente... ¡Eso es! Ahora, al oído: “Señora, ¿no encuentra sofocante la temperatura del salón? ¿Salimos a la terraza?” (*Comentando.*) Es vulgar. Pero este lugar deberá servirte de aquí en adelante. Habla.

DON JUAN (*bailando*). — Señora ¿no encuentra sofocante la temperatura del salón? ¿Salimos a la terraza?

LEPORELLO (*bailando con don Juan*). — Misterio, en esto pon un acento de misterio. ¡Todos los ojos te miran bailar con la reina! En las puertas del salón hay guardias armados. Si el rey desconfiara, un solo gesto te enviaría al suplicio. ¡Misterio! Pon en esa frase el sabor de un peligro, la ausencia de un caballero, la burla y el desprecio de la vida, y tú no sé qué de certidumbre en el triunfo.

DON JUAN. — Señora, ¿no encuentra?... (*Pero se detiene. Desde afuera una voz femenina canta el “Vedrai Carino” de “Don Giovanni” de Mozart.*) Es la segunda vez que oigo esa canción... ¿Quién la estará cantando?

LEPORELLO. — ¡No sé! La voz es de enamorada. Tu eres el que debe saberlo. ¿No conoces acaso la voz de casi todas las mujeres de Sevilla?

[17]

DON JUAN. — Cuando murmuran, cuando suspiran, cuando lloran, cuando gimen. No cuando cantan.

LEPORELLO. — ¡Adelante! La pavana. (*Don Juan vuelve a bailar mientras Leporello tararea la pavana y baila con él. Leporello corrige un posición de don Juan.*) ¿Sabes que llegó a Sevilla la hija de don Gonzalo de Ulloa? Dieciocho años. Prometida del duque Octavio. Salió del convento de Valladolid. Yo estaba en la taberna del Pollo cuando se detuvo su carroza con el objeto de cambiar los caballos. ¡Más gracia en esa mano izquierda! Doña Ana saltó. ¡Qué deslumbramiento! Sus cabellos son de color de miel y tan finos que se confunden con los rayos del sol. Sólo Velázquez podría pintarlos. Sus ojos húmedos parece que acabarían siempre de llorar. Los mozos de la posta, los criados de la hostería, una pastora que llevaba a vender unos gansos, todos dijeron en media voz: "¡Qué plato para don Juan!" Porque en toda España se ha formado un consenso unánime de que las mujeres más bellas deben pasar primero por tus brazos. Le escribí una carta.

DON JUAN (*bailando todavía*). — ¿Le escribiste?

LEPORELLO. — En tu nombre. (*Don Juan deja de bailar.*)

DON JUAN. — ¡Leporello! ¡Don Gonzalo es mi amigo!

LEPORELLO. — ¿Esperas que sean las esposas y las hijas de tus amigos las que consientan? Son las hijas de los amigos, las mujeres de los amigos, las hermanas de los amigos las que se entregan; las otras nunca nos dan una oportunidad para vengarnos.

DON JUAN. — ¡Cómo eres de inmundo!

LEPORELLO. — Lee a Maquiavelo. (*Señalando un libro.*) Y a Leporello. ¡Vamos! La pavana. (*Danzan. Leporello canta.*) Ahora, la invitación a la reina.

DON JUAN (*bailando con Leporello.*) Señora, ¿no encuentra sofocante la temperatura del salón? ¿Salimos a la terraza? (*A la segunda palabra de esta farsa entra doña Isabel por la puerta de la izquierda. Se detiene y estalla en una risotada cruel. Los hombres quedan consternados.*)

ISABEL. — La última conquista de don Juan: ¡el criado!

DON JUAN. — Ensayábamos, Isabel.

ISABEL (*habla incesantemente, por eso las réplicas de sus*

[18]

*interlocutores deben cortar siempre sus palabras*). — ¡Ah, he de contar esto en el palacio de la duquesa de Olivares! ¡Es tu derrumbe! Y justamente ahora que venía a pedirte me posaras como modelo... ¿Sabes lo que se me ocurrió? una pieza de teatro... ¡Ah, no tienes idea de lo que va a ser! Nosotros tenemos tantos grandes autores de teatro: Don Calderón de la Barca, el monje Molina, don Lope de Vega, Cervantes... El otro día Lope me decía: "Isabel, eres el prototipo de la escritora teatral"... Tenemos tantas escritoras, Sor Teresa de Jesús, Sor Marcela de San Félix, doña Luisa de Carbajal, Sor Gregoria Francisca, Luisa Sigea, Beatriz Galindo, Cristobalina de Alarcón, Catalina de Guzmán; pero sólo doña Leonor de la Cueva y Silva y doña Caro escriben para el teatro. Y que tonterías escriben, ¿no? Pues yo resolví escribir una pieza. ¡Pobrecito Lope de Vega! No es ninguno de esos pistrages para hacer reír, ninguna de esas bobadas de Tirso de Molina, de quien dicen que plagia a un portugués muy tonto, un tal Gil Vicente... ¿Ah, pero qué es lo que te estaba contando?... Ah, sí que voy a escribir para el teatro. Todos ellos se van a morir de envidia!

DON JUAN. — Ellos, ¿quiénes?

ISABEL. — ¡Ellos, todos ellos! ¡Hasta el pobrecito Cervantes! Y mi pieza se referirá a ti...

DON JUAN. — ¿A mí?

ISABEL. — Me servirás de modelo. Estuve hablándole de ti a Tirso. ¡Te encontré formidable! Pero lo que nunca pude imaginar es que mi personaje, el conquistador de todas las mujeres habidas y por haber, fuera capaz de cortejar, también, a su criado... (*Tiene una idea.*) Esto tal vez pueda resultar de gran efecto en la comedia...

DON JUAN. — Estábamos ensayando.

ISABEL. — ¿Ensayando? ¿Una comedia también? ¡Todo el mundo en España tiene la manía de escribir para el teatro!

DON JUAN. — Estábamos ensayando para el baile de Palacio.

ISABEL. — ¿Para el baile? ¿Y desde cuándo el baile se mezcla con invitaciones para salir a la terraza? Esto, no te

[19]



enojes, se lo voy a contar a la duquesa de Olivares y voy a ponerlo en mi pieza...

DON JUAN. — Son ideas de Leporello.

ISABEL. — Te quedas, entonces, en tu casa ensayando con tu criado y me dejas, solita, en el parque esperándote... No, positivamente, es la tercera o cuarta vez que prometes buscarme y...

DON JUAN. — ¿Vas a empezar de nuevo? ¿Vas a venir todos los días a reprocharme que no acuda a las citas que tú imaginas que concertamos?...

ISABEL. — Lo que me tranquiliza es que tu indiferencia sea perfectamente fingida. ¿Por qué no estuviste ayer en el atrio de la Iglesia?

DON JUAN. — ¡Isabel!...

ISABEL. — ¿Y anteayer por qué no fuiste a los toros?

DON JUAN. — ¡Isabel!...

ISABEL. — ¡Ves! Pero yo no me incomodo, porque dentro de unos instantes mi amorcito tomará en sus brazos a su Isabelita, ¡y todas las mujeres de Sevilla se morirán de envidia!

DON JUAN. — ¿No te parece que estás haciendo morir a demasiada gente de envidia? Las mujeres de Sevilla, los autores de teatro, los escritores de España...

ISABEL. — Se están muriendo en este mismo momento... Sólo una cosa me indigna: ¡es que me hagas aparecer sola ante la gente! Ellas son tan pérfidas que preguntan: "Y don Juan, ¿dónde quedó?" Puro despecho... Después que lance mi pieza te gustará aparecer conmigo en público...

DON JUAN. — Te prometo que un día...

LEPORELLO (*interceptando a doña Isabel*). — Debes saber que don Juan estaba ensayando la pavana que bailará contigo en el Palacio real.

ISABEL. — ¿Conmigo? No fui invitada a ese baile. Ustedes saben que la reina...

DON JUAN. — ¿Se muere de envidia también?...

ISABEL. — Sí, se muere de envidia... por que yo sólo frecuento los círculos intelectuales de España: los liberales, los librepensadores, y ya rechacé una invitación para un sarao en la corte. Rehusé, por independenciamiento de espíritu, y tam-

bién por que la reina no saca los ojos de encima de don Juan.

LEPORELLO (*afirmativamente*). — ¡Eh! (*Como quien dice: "¿No decía yo?"*)

ISABEL. — Nunca más volví a recibir una invitación para cosa alguna.

LEPORELLO. — Además, señora, don Juan me estaba diciendo, justamente, que necesitaba bailar con la reina para hablarle de ti y hacerte recuperar las simpatías de la corte...

ISABEL. — ¡Oh, don Juan eres un encanto! ¿Quieres aprender la pavana? yo te serviré de pareja. ¡Vamos, canta, Leporello! (*Toma la mano de Don Juan y lo hace bailar.*)

sabes que a la reina yo siempre la consideré con amor de criatura. Debes decírselo... Pero me harás el favor de no corresponder a sus embestidas... (*Señal de Leporello para que Don Juan repita la frase.*)

DON JUAN. — Señora, ¿no encuentra sofocante la atmósfera del salón? ¿Salimos a la terraza?

ISABEL (*exultante*). — ¡Vamos, vamos! (*Nuevamente se oye la canción que viene de afuera. Doña Isabel se detiene.*) ¿Quién canta allí afuera?... ¿No me vas a decir que?...

DON JUAN. — En Sevilla siempre hay alguien que canta... Fígaro solo anda por las calles cantando.

ISABEL. — Esa voz no es la de la tu barbero. Además está demasiado cerca. Es una voz femenina.

DON JUAN. — Sabes como es Sevilla... Todas las mamás cierran las ventanas por miedo a don Juan; todas las hijas se van y las abren de nuevo. El perfume de las rosas en las manos por ellas como si fuese un mensaje mío. Y yo en cambio, a pesar del calor, tengo que cerrar mi balcón pues no es extraño que una mujer salte para verme.

ISABEL. — ¡Presuntuoso!

DON JUAN. — No es una presunción. Es una queja.

LEPORELLO (*como quien toma una lección*). — Y en la terraza, ¿qué le dirías?

DON JUAN. — ¿Qué le diría? Oh, sí: "Reina de mis sueños"...

ISABEL. — A mí nunca me llamaste así...

LEPORELLO. — No es indispensable. (*A don Juan.*) No debes decir una cosa tan trillada. Tratándose de una reina eso no es una galantería; no tratándose de una reina esa galantería es de una vulgaridad de mozo de cuadra.

ISABEL. — ¡Bravo, Leporello! ¿Cuál es tu sugestión?

LEPORELLO. — En este caso... (*Consulta el libro.*) ¡Un soneto!

DON JUAN. — ¿De improviso? Yo tardaría cincuenta años en hacerlo.

LEPORELLO. — Generalmente, los hombres que hacen sonetos pierden catorce oportunidades de decir la frase que la mujer gustaría escuchar. Pero, dadas las circunstancias, tratándose de una reina... (*A doña Isabel.*) Si fueras reina, ¿no te agradaría escuchar un soneto en la terraza?

ISABEL. — Pero no uno de esos sonetos que andan haciendo por ahí Lope de Vega y...

LEPORELLO. — Insisto en el soneto. Queda bien con el escenario... Plenilunio de Sevilla. Rosas bermejas. El clavicémbalo a lo lejos. Unas risas en el salón. La reina al lado. Todo pide soneto.

DON JUAN. — Pero, ¡diablos! ¿Tú me has visto alguna vez en mi vida haciendo sonetos?

LEPORELLO. — Hay un poeta en Lisboa, un tal Luis de Camöens, que tiene unos sonetos bien bonitos. Recitarás uno de ellos. Nadie los conoce. Están escritos en portugués.

ISABEL. — Realmente, no cabe en la cabeza de ninguna persona sensata elegir la lengua portuguesa para hacer literatura...

LEPORELLO. — Pues los sonetos portugueses son óptimos porque ninguno los conoce. Vamos al soneto. (*Hace como que va a declamar, pero es interrumpido por la voz que canta nuevamente afuera. Todos enmudecen.*)

ISABEL (*manos en la cintura. Exigiendo explicaciones*). — ¿Esperabas a alguien?

DON JUAN. — ¿Vas a recomenzar?

ISABEL. — No niegues. ¿Quién te da serenatas?

DON JUAN. — ¿Desde cuándo las mujeres dan serenatas?

ISABEL. — No disimules. Una luz, Leporello. Acompáñame. Estás tan acreditado en la plaza que recibes la merca-

[22]

dería a domicilio, ¿no? (*Leporello trae una linterna. Don Juan desahoga un gran ¡uff! y se sienta. Hojea el libro. Fastidiado, rabioso, se deja caer en la "marquise", después de quitar un plumero que Leporello ha dejado ahí. Ana trepa al balcón y entra sin que don Juan la vea.*)

DOÑA ANA. — Lo mismo que en casa de mi padre. El amo se ausenta, el criado se instala.

DON JUAN (*levantándose de un salto*). — ¿Quién sois?

DOÑA ANA. — El mismo sobresalto de todos los criados sorprendidos en falta.

DON JUAN. — ¿Quién sois, señora?

DOÑA ANA. — Sé más discreto. ¿Dónde está tu patrón?

DON JUAN. — ¿Mi... patrón? Acaba... de salir.

DOÑA ANA. — Naturalmente. No estarías echado en la otomana si él estuviera aquí. Pregunto adónde fue.

DON JUAN. — No sé.

DOÑA ANA. — ¿Demorará?

DON JUAN. — Nunca se sabe. Don Juan puede demorar el tiempo de un beso, puede demorar toda una noche. ¿Quién sois?

DOÑA ANA. — ¿Eres tú quién entrega sus cartas?

DON JUAN. — Como si fuesen mías.

DOÑA ANA. — Entonces sabes quien soy. Esta mañana me escribió.

DON JUAN. — Doña Ana de Ulloa. Dieciocho años. Venís del convento de Valladolid...

DOÑA ANA. — Conoces bien el fichero de tu patrón...

DON JUAN. — ¡Por favor, señora, no se quede aquí! ¡Hu! ¡Mientras esté a tiempo, huya!

DOÑA ANA. — ¿Por qué huir? Voy a esperar a don Juan?

DON JUAN. — Os lo suplico...

DOÑA ANA. — Es bonito esto. Lo que le falta es un toque femenino. Quizá un búcaro, una flor. El exceso de mujeres despersonaliza las "garçonieres". ¿Cómo es él?

DON JUAN. — ¿Quién?

DOÑA ANA. — Tu patrón. Hablábamos tanto de él en el colegio... De día en las aulas, cuando la hermana de las Mercedes nos enseñaba caligrafía, nosotras garrapateábamos cartas a escondidas para tu patrón... de noche, en el

[23]

dormitorio, cuchicheábamos a su respecto y soñábamos con él abrazadas a la almohada... La Superiora, la Madre Encarnación, sorprendió a una de las chicas murmurando su nombre en sueños... ¿Cómo es él?

DON JUAN. — Señora, por favor, volveos a vuestra casa...

DOÑA ANA. — ¡No, no!... Estoy tan cansada... Atravesé toda la ciudad a pie, envuelta en esta mantilla... Es curioso como los hombres de Sevilla nos dicen cosas, cuando la gente pasa de noche... ¿Cómo es él?

DON JUAN. — Es feo. Es cruel. Todas las que lo aman terminan sufriendo.

DOÑA ANA. — ¿Sufriendo de nostalgia o de remordimiento?

DON JUAN. — No sé. Ellas dicen solo que sufren.

DOÑA ANA. — Es natural. Nunca más en sus vidas encontrarán un hombre como don Juan.

DON JUAN. — No tratéis de conocerlo.

DOÑA ANA. — Necesito conocerlo. Yo vine como embajadora.

DON JUAN. — ¿Como embajadora?

DOÑA ANA. — De mi colegio. Echamos a suertes. Gané yo.

DON JUAN. — ¿Y las otras?

DOÑA ANA. — Tuvieron que resignarse. Son quinientas. ¿Te parece que don Juan las recibiría a todas?

DON JUAN. — Al mismo tiempo, no.

DOÑA ANA. — Después que gané, muchas quisieron comprarme el lugar. Dolores tiene la mantilla más linda del colegio. Quería regalármela a cambio del derecho de venir a verle.

DON JUAN. — ¿Pero qué pretendéis hacer una vez que lo veáis?

DOÑA ANA. — Decirle que le amo. Decirle que todas lo amamos.

DON JUAN. — ¿Quiénes sois todas?

DOÑA ANA. — Las chicas del colegio. Y después escribirlas... Contarles que vi a don Juan, que estuve en su casa, que...

[24]

DON JUAN. — ¿Eso nada más? Si es apenas eso, os prometo que lo veréis.

DOÑA ANA. — ¡Oh, apenas eso, no! ¿Cómo es posible que el Burlador de Sevilla tenga un criado tan ingenuo? Vine a entregarme a tu patrón!

DON JUAN. — No, por favor... Idos en seguida, doña Ana...

DOÑA ANA. — ¿Crees que él me rechazaría?

DON JUAN. — Yo no... él no os rechazaría... Pero... ¿y vuestro padre?

DOÑA ANA. — A estas horas debe de haber movilizado a todos sus lacayos en mi busca. Mi novio también. Si alguno de ellos fuera perspicaz vendría hasta aquí. ¿Dónde puede encontrarse en Sevilla a una dama desaparecida sino en la casa de don Juan?

DON JUAN. — ¿Estáis de novia?

DOÑA ANA. — Mi padre me prometió al duque Octavio. ¿Lo conoces? Tiene apenas setenta y dos años.

DON JUAN. — ¿Queréis que él os sorprenda?

DOÑA ANA. — Él o cualquier otra persona. (*Un bostezo de cansancio.*)

DON JUAN. — ¿Queréis forzar el casamiento con don Juan?

DOÑA ANA. — ¿Conmigo? ¡Nunca! ¡Imagina qué ridículo, yo casarme con don Juan! ¡Quiero amarlo, quiero que sepan que fui amada por él! Nada de casamiento. Los casamientos son como las óperas: mucho ruido y poca música...

DON JUAN. — El casamiento es excelente para las mujeres: ¡viven gratis hasta el fin de sus días! Y... ¿no le teméis al escándalo?

DOÑA ANA. — Es justamente lo que busco. Después del escándalo un noble de setenta y dos años se dará cuenta que no debe casarse conmigo. Entonces me será fácil encontrar uno que sea menos viejo. (*Ella se reclina: él la mira.*) ¿Por qué me miras así?

DON JUAN. — Nada.

DOÑA ANA. — ¿Sabes que eres demasiado buen mozo para criado? Los criados de mi padre son viejos y graves. Vivo rodeada de gente vieja y grave. Los viejos no perdonan

[25]

la juventud. Diríase que se la hemos robado. *(Una pausa.)*  
¿Tu patrón es así, tan bonito?

DON JUAN *(mejor es prevenir que curar)*. — Idos en seguida, doña Ana...

DOÑA ANA. — Cansa esperar el amor, ¿no es cierto? Cómo se tarda en escribir una carta, mandarla, esperar la respuesta... Y los encuentros, con esas lentas carrozas que cualquier guardia montada puede alcanzar... Todo esto consume un tiempo enorme... Llegará un día en que habrá aparatos para que podamos susurrarnos los recados de amor como si fuesen oídos... Y carruajes, con máquinas poderosas, llevarán a los amantes por los alrededores de la ciudad, a una velocidad tal que ni los padres, ni los maridos, ni la policía podrá alcanzarlos... Buen tiempo será el futuro para don Juan...

DON JUAN. — Imagináis toda una industria de amor ilegal...

DOÑA ANA. — Imagino toda la economía del tiempo que se pierde...

DON JUAN. — ¡Pobre mundo de mañana! Los que no posean vuestras máquinas de hablar ni vuestras carrozas veloces estarán condenados a la soledad...

DOÑA ANA. — En compensación, los motorizados... ¿Todavía demorará mucho don Juan?

DON JUAN. — Señora, por favor, idos ahora...

DOÑA ANA. — Si no fueres el criado podría tomarte por don Juan. ¡Eres bello, muchacho! ¿Nunca se te ocurrió pasar por tu patrón?

DON JUAN. — No sería correcto, señora.

DOÑA ANA. — ¡Tonterías! ¡Tu patrón es un simulador! ¡No cometerías ninguna incorrección simulando también! Y con ese engaño podrías recibir los favores de muchas damas. ¡Yo, por ejemplo! Me habría ilusionado completamente.

DON JUAN. — Excesiva bondad de vuestra parte. Pero yo soy completamente distinto a él. Mi ideal es una mujercita que odie los balcones y sepa zurcir medias. Que conozca la receta para hacer dulce de ciruela y sepa preparar gallina los domingos. Que me reciba en la puerta, secándose las ma-

[26]

nos en el delantal y me abraza para decirme que tenemos cerezas en el almuerzo. Que se ponga roja de vergüenza cuando yo le diga que me gustan sus pechos. Y que tenga una lágrima en el momento del amor. *(Doña Ana se duerme. Don Juan lo advierte.)* ¡Qué pena! Está durmiendo... *(La toma en sus brazos como si fuese una criaturita y la recuesta en la "marquise". La contempla un instante.)* ¡Qué pena!... Por primera vez estaba diciendo todo lo que siento... Pero, diré el resto, pobre niña adormecida, que sueñas con un príncipe que nadie, ni siquiera tu don Juan, consigue... Diré que cuando murmuro "te amo", mi voz tiene un matiz injusto y falso, un son que me persigue y que nunca deja decir esta frase como debería ser dicha... Es como en el teatro, cuando los actores dicen "te amo" y el público siente que no es amor... Por primera vez déjame decir, como si estuviese a solas, como si sólo mi propia sinceridad tuviera oídos para oír: ¡te amo, te amo, te amo!

TELÓN LENTO

## SEGUNDO ACTO

*El mismo decorado. Por el balcón se filtra la luz de la luna. Ana duerme, recostada en la "marquise". A sus pies don Juan duerme también. Leporello entra por la puerta de izquierda trayendo la linterna que se llevó al salir con doña Isabel.*

LEPORELLO *(entrando)*. — ¡Uff! ¡Es más difícil huir de una mujer que conquistarla!

DON JUAN *(incorporándose de un salto)*. — ¡Psit! *(Susurrando.)* ¿E Isabel?

LEPORELLO. — Averiguando. Conflagrada de celos. *(Ve a doña Ana.)* ¿Otra?

DON JUAN. — Doña Ana de Ulloa. Dieciocho años. Huyó del convento.

[27]

LEPORELLO. — Cartita infalible. ¿Y tú ya?...

DON JUAN. — ¡Leporello! ¿Quién crees que soy?

LEPORELLO. — Don Juan. El hombre de las mil mujeres. ¡El Burlador de Sevilla! ¿O es que no la sedujiste?

DON JUAN. — No. ¡Es imposible!

LEPORELLO. — ¿Imposible? Ella no vino aquí para ninguna otra cosa.

DON JUAN. — ¡Imposible, Leporello! ¡Mírala! ¡Es tan imbele, tan fácil, tan segura de lo que imagina debe suceder que... no tengo valor! Es sencillo irrumpir en el cuarto de una mujer, en la oscuridad, envuelto en una capa, llamarla por el nombre y, cuando ella pregunta: “¿quién eres?”, con voz alterada, responder: “Yo, ¡tu amante!” Todo resulta fácil. Pero así, como si fuese yo mismo, mirándome en sus ojos y ella mirándose en los míos... ¡Siento una vergüenza!

LEPORELLO. — Es que todavía no leíste el capítulo treinta: “De como desechar escrúpulos”.

DON JUAN. — ¡No, no! Es la certidumbre de la victoria a las claras, de la victoria sin sofisticaciones, de la victoria que yo nunca logré.

LEPORELLO. — Tu voz se ha puesto trémula... Capítulo treinta y uno: “Gimnasia respiratoria e impostación de la voz”.

DON JUAN. — Insistes en tu libro bastardo... ¿Qué puede tu libro contra la inocencia de una criatura que duerme?

LEPORELLO. — ¿Inocencia? ¡Esa conoce más pecados que todo el infierno del Dante!

DON JUAN. — ¡Psit! Se va a despertar... Y yo le dije que tú eras don Juan. Y yo tu criado. (*Doña Ana se mueve como quien comienza a despertar.*)

LEPORELLO. — ¿Para qué le dijiste eso?

DON JUAN. — Quería que ella me mirase sin la aureola de la leyenda. Como si yo fuese apenas un transeúnte en su vida.

LEPORELLO. — ¡Qué tiempo desperdiciado!

DOÑA ANA (*abre los ojos y ve a Leporello*). — ¿Quién eres tú?...

[28]

DON JUAN (*rápidamente indicando a Leporello antes que este conteste*). — En carne y hueso, mi señora.

DOÑA ANA (*examinando a Leporello*). — Tan distinto de lo que imaginaba...

LEPORELLO. — ¿Cómo imaginabas que fuese?

DOÑA ANA. — Ahora... ya no lo sé... Es como los personajes de teatro: leídos en el libro son una cosa; vistos en el escenario son tan distintos que hasta olvidamos cómo eran en el libro.

DON JUAN. — Lope de Vega no quisiera teneros como crítico de sus comedias.

DOÑA ANA (*a Leporello*). — Tu criado me hizo compañía. Es un perfecto caballero. Se ve que no se entromete en los negocios de su patrón. (*A don Juan.*) Trae luces. Quiero ver el rostro de tu amo.

LEPORELLO (*a don Juan*). — ¡Luces, lacayo! (*Gesto de hombre ofendido de don Juan. Vacila y sale.*)

DOÑA ANA. — No pareces tan hermoso como tu criado.

LEPORELLO. — El dios del amor era Cupido, un muchachón barbilindo; pero los que seducían eran los sátiros, diosillos bien feos. El que es bello es el amor, no los que se aman.

DOÑA ANA. — ¿Te gustan hacer frases? Eres un conquistador fuera de moda.

LEPORELLO. — Estoy diciendo cosas que conquistan a la gente, doña Ana.

DOÑA ANA. — Entonces, ¿es así como proceden ustedes los hombres? ¿Es así como seducen? ¡Qué gracioso! Una vez vi a un faisán hacer la corte a su compañera. Era mucho más bonito. Él encrespaba las plumas y daba vueltas a su alrededor, cercándola de reflejos multicolores.

LEPORELLO. — Los hombres no pueden hacer lo mismo. Somos feos y nuestro color carece de gracia. Nosotros rodeamos a las mujeres de palabras. Hasta que ellas terminan diciendo la única palabra que interesa oír de una mujer.

DOÑA ANA. — ¿Qué palabra?

LEPORELLO. — “Sí”.

DOÑA ANA. — ¿Sólo eso?

LEPORELLO. — Sólo eso. Si Beatriz se la hubiese dicho a

[29]

Dante, solamente ella habría conocido la Divina Comedia. Si Madona Laura la hubiese dicho a su vez, los sonetos de Petrarca no se hubiesen publicado. Es una gloria guardar solamente para sí las primicias de semejantes obras.

DOÑA ANA. — No es verdad. Después de obtenernos, los hombres publican lo que escribieron solamente para nosotras. Toda la literatura es un puñado de cosas escritas por que nos entregamos o por que no nos entregamos. Si no hubiesen raptado a Helena, ¿qué sería de la Ilíada o de la Odisea? (*Entra don Juan con un candelabro.*) Realmente, no eres bonito. ¿Por qué te vistes de lacayo? ¡Ah!, la última aventura de amor... ¿Debo sentirme orgullosa de ofrecerme a un hombre que vuelve de los brazos de alguna camarera?

DON JUAN. — Él no sabía que pensabais venir...

DOÑA ANA. — ¿Don Juan da horas como los dentistas?

LEPORELLO. — ¿Ves como están hoy los criados? Basta tratar a la gente con un poco más de consideración para que empiecen a abusar. ¡Lacayo, retírate!

DON JUAN. — ¿Vas a poner a prueba tu método? (*A doña Ana.*) “El arte de hacer amantes y conquistar mujeres”, en cincuenta lecciones. Interesantísimo.

LEPORELLO (*indignado*). — Retírate. (*Por lo bajo, a don Juan.*) ¡Vas a ver si el método funciona o no!

DOÑA ANA (*después que don Juan se retira ceremoniosamente*). — Entonces, ¿tienes un método? La posteridad te estará agradecida. Ponlo en práctica, vamos.

LEPORELLO. — Se hace más difícil cuando la víctima se halla sobre aviso. ¿Aceptas un cáliz de vino?

DOÑA ANA. — Es el procedimiento más pueril. No exige inteligencia ni habilidad. Se da el vino y se espera el efecto. Cuando yo estuviese mareada, riendo de tus tonterías, amando el momento presente sin saber por qué, entonces es la hora de don Juan: un beso sin que mis lánguidos brazos puedan defenderme. ¡No, don Juan, no quiero vino! El vino en el amor es como el veneno en la política: elimina al adversario, pero no lo conquista. Yo vine aquí para ser conquistada.

LEPORELLO. — No debiste confundir con una celada lo

que no pasó de una simple gentileza. A pesar de tus dieciocho años tienes la experiencia de quien conoce mucho a los hombres.

DOÑA ANA (*ofendida*). — Don Juan, soy una niña soltera.

LEPORELLO. — ¿De nacimiento o porque no te casaste?

DOÑA ANA. — La pregunta es más grosera que audaz. Claro que no debe importarle mucho a quien conquista criadas vestido de lacayo. Cambia de lenguaje, don Juan: todavía estás usando el de tu última conquista. No tienes tacto con las damas de sociedad.

LEPORELLO. — Un precepto del arte de conquistar mujeres dice que debemos proceder con las lavanderas como si fuesen duquesas y con las duquesas como si fuesen lavanderas. Esta frase mía algún día será citada.

DOÑA ANA. — Use conmigo lo que es apropiado para mí.

LEPORELLO. — Ahora ya no sé lo que es apropiado. Lo que sé es que mi primer paso fue eficaz.

DOÑA ANA. — ¿Qué paso?

LEPORELLO. — La carta. La recibiste y viniste.

DOÑA ANA. — Vine por curiosidad. Es más femenino que el amor. Tu carta tenía cinco errores de ortografía.

LEPORELLO. — Viniste a pesar de los errores. Luego, la carta funcionó. De aquí en adelante, es preciso escoger la táctica exacta para tu caso. Es necesario comprender el género de mujer que eres, las cosas que te gustan, las cosas que detestas...

DOÑA ANA. — ¿Demorará mucho ese análisis?

LEPORELLO. — ¡Con mi método, no! Ya sé que eres gramática, luego aprecias el método literario aunque lo encuentres fuera de moda. ¿Quieres un soneto? (*Se aclara la voz y recita.*) “Siente años de pastor Jaco servía”...

DOÑA ANA (*interrumpiéndolo*). — Luis de Camöens. Lo que tienen de más irritante los conquistadores es el coraje del plagio.

LEPORELLO. — Es que en materia de amor no hay mucha cosa para decirse. Toda la humanidad, todos nuestros antepasados, desde Adán y Eva, agotaron el tema. Además de que, todos aprenden lo mismo... No nos queda más remedio que repetir.

DOÑA ANA. — En todo caso no a Camöens. En Camöens ya no se busca más el amor; se busca el sujeto y el predicado. Otro método.

LEPORELLO. — ¿Te gusta la música? (*Asentimiento de Ana.*) Un poco de música a la sordina prepara el ambiente. (*Gesto de Leporello hacia el balcón. Fuera comienza a tocar la romanza de "Eine Kleine Nachtmusik", de Mozart.*) Está bonito, ¿verdad?

DOÑA ANA. — ¿Tienes músicos alquilados?

LEPORELLO. — No. Es pura imaginación. Esa música no existe. Súbitamente la mujer empieza a oír lo que el seductor insinúa. Si gustas de la música eres cariñosa. Luego, también gustas de las flores. (*Un gesto de Leporello y aparece una rosa en su mano.*) Póntela en la cabeza.

DOÑA ANA. — Oh, ¡eres un mago! El rey acostumbra condenar a la hoguera del Santo Oficio a los saltimbanquis que hacen esas pruebas. (*Toma la rosa y se la coloca en los cabellos.*) De todos modos, ofrecer rosas no deja de ser una delicadeza. El método clásico.

LEPORELLO. — Esa no es una rosa, es una metáfora. Las mujeres tienen la particularidad de tomar en serio las metáforas. Cuando decimos: "mi tesoro", ellas imaginan que valen más que todo el oro del Nuevo Mundo.

DOÑA ANA. — Entiendo que cuando aman aceptan rosas como si fuesen rosas.

LEPORELLO. — Te engañas, aceptas joyas. ¿Te gustan las joyas? Eres rica, amas la riqueza. Dicen que en Alemania, un viejo loco, el doctor Fausto, conquistó una burguesita ofreciéndole joyas. (*Un gesto y en su mano aparece un collar. Doña Ana lo toma y se lo coloca en el cuello.*)

DOÑA ANA. — Esta no es una conquista, es un soborno. Gánase la joya y el conquistador viene como una yapa.

LEPORELLO. — Existe, además, el método de la desesperación. Ojos sombríos, voz apagada y sollozante, gestos largos. Así: "Ven, no puedo seguir viviendo sin ti... Soy un infeliz por culpa tuya... Si no me quieres me mato..."

DOÑA ANA. — El caso es que los conquistadores nunca se suicidan. Únicamente los que se apasionan de verdad. Tienen un puñal en la cintura. (*Extrae el puñal del cinto de Le-*

porello y se lo ofrece.) ¡Vamos, mátate! Después que mueras, quedaré convencida y me entregaré.

LEPORELLO. — ¡Oh, no! Este es apenas uno de los métodos. Si falló es por que no sirve. ¿Conoces el del cinismo desafiante? Consiste en decir cosas que ultrapasen la cortesía del salón.

DOÑA ANA. — ¿Por ejemplo?

LEPORELLO (*libro sobre la mesa, "pescando"*). — "Hace un minuto, cuando te inclinaste, casi vi tu seno... Y tuve impulsos de correr mi mano por tu hombro, de acariciarte la garganta... ¿No sientes que tu piel se estremece cuando hablo de tu belleza? ¿No sientes que hay en tu piel un deseo de desnudarse, un deseo de aire libre y de brazos ciñéndote... No dices lo que sientes, porque tu boca tiene pudor, menos el pudor de... (*Vuelve una página.*) confesar el por qué y de quebrar el encanto de la emoción... Pero tus ojos, que no saben callar, brillan como si ya vieses mi rostro todo difuso sobre el tuyo... Y, aunque no lo percibas, tu boca se ofrece..."

DOÑA ANA (*interrumpe con una risotaada perversa*). — ¡No siento nada, absolutamente nada! Tus palabras no llegan a ser un pecado: suenan como una anécdota. En los confesionarios, ¿sabes?, nadie enumera las anécdotas entre los pecados. En cierto modo sería robarle dignidad al pecado. Una compañera mía mientras se confesaba contó una anécdota. ¿Sabe lo que pasó? El padre cura salió del confesionario sacudiéndose de risa y diciendo: "¡Esta es muy buena, muy buena! Voy a contársela al arzobispo! ¡Es de primer orden!"

LEPORELLO. — Es que este método no es aún el que sirve para ti. ¡Tú resistes demasiado! (*Irritado.*) Tú tienes demasiado dominio sobre tus nervios. Hay otro método. (*Busca en el libro.*) Las serpientes de la India fijan la vista sobre un pájaro y éste no se mueve más: queda petrificado. El hechicero Merlín dominaba a reyes y princesas con el poder de su mirada. Mírame fijamente a los ojos.

DOÑA ANA (*obedeciendo*). — ¿Vas a hipnotizarme?

LEPORELLO (*bamboleándose*). — Quitá tus ojos de los míos. Soy yo quien se está quedando hipnotizado.

DOÑA ANA (*riendo*). — Ese método pertenece a las mujeres, no a los hombres. (*Leporello va al libro y lo hojea furiosamente mientras doña Ana ríe. Entra don Juan con la cena en una bandeja.*)

DON JUAN. — ¿Nada? ¡Qué derrota! (*Sirve la cena.*)

DOÑA ANA. — Debías ceder el tratado a tu lacayo. Él lo practicaría con las criadas con mejores resultados que tú. Ahora, con la cena, estamos regresando al método clásico: buena cena, buen vino, algunos secretos compartidos, la misma fruta mordida por dos bocas y luego... “Venga, don Juan”. (*Ella se sienta. Abrumado, Leporello también se sienta.*)

DON JUAN. — Por favor, disculpad al patrón, señora. No está hoy en uno de sus grandes días.

LEPORELLO (*furioso*). — ¡Retírate!

DOÑA ANA. — ¿Él no va a servirnos?

LEPORELLO (*irritadísimo*). — ¡Te he ordenado que te retires!

DON JUAN. — “El arte de hacer amantes y conquistar mujeres”... Un libro para ser vendido por su peso. Desde que inventaron el papel las librerías viven abarrotadas de esas tonterías. (*Retírase después de una inclinación.*)

LEPORELLO (*precipitándose de rodillas a los pies de doña Ana*). — ¡Doña Ana, por amor de Dios... desde la primera vez que te vi, no tengo otro pensamiento más que éste: de que seas mía, mía, mía!

DOÑA ANA. — Ahora es el método torrencial...

LEPORELLO. — No, no se trata de ningún método, doña Ana... Es la más absoluta falta de método, es la ausencia de cálculo, el vértigo de las palabras que necesito decir... Hazme feliz, doña Ana, hazme feliz... Yo te amo, yo te amo... yo te amo...

ISABEL (*entrando a las últimas palabras de Leporello*). — ¡Pero es increíble! (*Leporello se pone de pie. Doña Ana mira a doña Isabel con arrogancia.*)

DOÑA ANA. — ¿Qué es lo que hay de increíble, doña Isabel?

ISABEL. — ¡Esto es estupendo, esto es despampanante!

[34]

¡Esto es de dejar estupefactos a España, al Continente, al mundo entero!

LEPORELLO. — Era... un ejercicio.

ISABEL. — ¡Realmente todos se ejercitan en esta casa! Cuando salí de aquí encontré a tu padre, a los guardias del palacio de tu padre, al jefe de policía, a la guardia real, a los pajes de la reina, todos armados, yendo y viniendo por todas las calles... Le pregunté a don Gonzalo si íbamos a tener otra Revolución y me explicó que tú te habías fugado del convento y venido a Sevilla... Corría la noticia de que habías sido vista en la calle; otros decían que un caballero te llevaba en la grupa de su caballo... Inmediatamente pensé que tu desaparición era obra de don Juan. Sin decir nada me dirigí hacia aquí... Y aquí te encuentro... (*Señala a uno y a otro.*) Pero, ¿quién va a creerlo? (*Leporello le hace señas disimuladas para que se calle.*)

DOÑA ANA. — ¿Por qué increíble? ¿Será que la policía y los hombres de mi padre no saben donde encontrar en Sevilla a una mujer desaparecida?

ISABEL. — Tal vez no tengan tanta imaginación como yo. Yo tenía la certeza de encontrarte aquí. Lo que no podía imaginar es que... ¡No! ¡Esto tengo que ponerlo en mi comedia, esto será un éxito loco en el teatro!

DOÑA ANA. — Pero, ¿qué tiene de extraordinario? Don Juan está haciendo su papel...

ISABEL. — El criado de don Juan querrás decir.

DOÑA ANA (*alarmadísima*). — ¿Quién???

ISABEL. — Ah, ¡yo tengo que contar esto en casa de la duquesa de Olivares!

LEPORELLO. — ¡Cuenta nomás! Vaya a su poste restante y deposite todas las noticias que quiera.

ISABEL. — Bien que me tenía preocupada la idea de que don Juan no estuviese haciendo alguna de las suyas... ¡Pero, con su criado, hija mía. ¡Qué comedia! (*Va retirándose por la izquierda hablando siempre.*) ¡Qué comedia! Voy a contarlo...

DOÑA ANA y LEPORELLO (*a coro*). — ¡En la casa de la duquesa de Olivares! (*Doña Isabel sale.*)

[35]



DOÑA ANA (*después de un silencio*). — Entonces, ¿tú eres...?

LEPORELLO. — Desgraciadamente, señora... (*Con un suspiro.*)

DON JUAN (*entrando*). — ¿Ya explicó todos los métodos, señora? (*Señales de Leporello hacia don Juan quien a su vez hace gestos de no entenderlas.*)

DOÑA ANA. — Por lo que parece explicó los más eficaces. (*Nuevas señales.*)

DON JUAN. — Por donde se ve que el libro es una tontería de remate.

LEPORELLO (*en un acceso de odio*). — ¡La culpa no es del libro! ¡Es mía! ¡Sólo mía! Es que yo soy un mal actor, ¿oyen? No sé fingir. Y para decir "te amo" es necesario que yo ame, como cualquier imbécil... Y cuando lo digo nadie lo cree porque no soy don Juan... Ese idiota, ¡ay! es quién es. Cualquier estupidez que diga, a cualquier mujer, fingiendo o no, ella quedará maravillada. (*A doña Ana.*) ¡Vamos, tómallo! ¡Vamos, don Juan, haz tu papel! ¡Conquista a esa estatua de hielo si eres capaz! ¡Espétale lo primero que se te ocurra! ¡Recítale a Petrarca, cuéntale historias indecentes de Bocaccio, muérdele la oreja durante el minuet, hazle cosquillas, bésale la boca y ella permanecerá con esa misma sonrisa inmóvil de cuadro célebre! (*Se retira por la izquierda.*)

DOÑA ANA (*después de un silencio*). — ¿Por qué me evitaste?

DON JUAN. — Es que...

DOÑA ANA. — Considero una ofensa que me hayas dejado con tu criado. ¿Por qué no cumpliste conmigo tu destino de don Juan?

DON JUAN. — Es que... yo no soy conquistador.

DOÑA ANA. — ¿Y todo lo que se dice de ti?

DON JUAN. — Yo soy como esos tipos brillantes que terminan pasando por autores de todas las anécdotas de mal gusto que los otros inventan.

DOÑA ANA. — ¿Tienes miedo de mi padre?

DON JUAN. — Apenas piedad. Los padres y los maridos que no saben nada me llenan de piedad.

[36]

DOÑA ANA. — ¡Es el colmo! Huir de un convento para venir a escuchar lecciones de moral en casa del burlador de Sevilla. ¿No crees que yo te merezca?

DON JUAN. — ¡Por favor, no hables de esa manera! No es justo.

DOÑA ANA. — ¿No soy tu tipo? Tú no puedes tener un tipo...

DON JUAN. — No uses ese lenguaje... Tu sabiduría me hace sufrir...

DOÑA ANA. — Prefieres a las que nada saben... A las que eres capaz de pervertir. ¿Qué lenguaje usan las mujeres de don Juan?

DON JUAN. — Todos. Y es eso lo que me aflige.

DOÑA ANA. — ¿Y es ese el lenguaje que usas con ellas?

DON JUAN. — No. Yo no uso lenguaje alguno.

DOÑA ANA. — Entonces, ¿cómo es que seduces? ¿Cómo es que pides?

DON JUAN. — No sé. Antes de mirarlas, ellas ya están seducidas. Al menos es esto lo que me dicen. No pido nada —y ellas dan.

DOÑA ANA. — ¿Pero, no les hablas ¿No les dices nada?

DON JUAN. — Nada. A veces digo: "Buenas noches". Y si vuelvo la cabeza descubro que me miran maravilladas.

DOÑA ANA. — ¡Qué bien dices "buenas noches"!... Dílo otra vez.

DON JUAN. — No, no.

DOÑA ANA. — ¿Por qué no? Vine aquí porque quiero ser tuya. Dame las buenas noches. Es la más hermosa galantería que haya oído. Cuando don Juan dice "buenas noches" es como si prometiese esas noches, porque sólo él puede darlas.

DON JUAN. — Es lo más tonto que existe como galanteo. Por favor, no te entregues a mí...

DOÑA ANA. — ¡Claro que me entrego! Cuando dices "no te entregues a mí" esta es otra galantería, una especie de desafío, porque tienes la certidumbre de que las mujeres se entregan... Es un acto de modestia, como si dijeras: "Es bondad suya querer entregarse a mí..."

DON JUAN. — Es desde el fondo de mi alma que te suplico: ¡No te entregues a mí!

[37]

DOÑA ANA. — ¡Imposible! Por otra parte, no ganarás la santidad si me rechazas. Tu fama es tan grande que una conquista más o menos no va a modificarla. Pero yo me convertiría en el hazmereir de toda la ciudad. Me señalarán con el dedo diciendo: "Aquélla es la que don Juan rechazó..."

DON JUAN. — Hay con seguridad tantos hombres en Sevilla enamorados de ti... Tu novio te ama...

DOÑA ANA. — Mi novio tiene setenta y dos años. A los setenta y dos años un amor no llega a ser siquiera un vicio solitario. En cuanto a los otros... ¿crees que me amarán después de haber sido rechazada por ti? Conoces mal a los hombres: en su amor late siempre un deseo de despertar envidia a los demás. Es por eso que vine. Para capitalizar esa envidia.

DON JUAN. — ¿Sólo podrás entrar en circulación una vez que te pongan la firma, como los cheques?

DOÑA ANA. — Esa frase tuya revela un poco de cinismo, el que yo imaginaba encontrar en don Juan.

DON JUAN (*seco*). — No. Fue una torpeza que busqué para que te fueras en seguida. Estás siendo maltratada. Debes indignarte, levantar la cabeza y salir.

DOÑA ANA. — Me gusta cuando me maltratas. Es cuando más te pareces a la imagen que me había forjado de ti. Tengo aún mayor deseo de quedarme. ¿Por qué quieres que me vaya?

DON JUAN. — Porque todas las mujeres deberían saber esto en relación a los hombres: la hora de llegar y la hora de marcharse.

DOÑA ANA. — Pero es preciso que pase algo entre esas dos horas.

DON JUAN. — No, yo necesito que no pase nada. ¿No me entiendes?

DOÑA ANA. — ¡Es espantoso! Huyo de un convento para arrojarme a los brazos de don Juan y él me dice que no puede suceder nada. Tu decrepitud no es un acontecimiento sin importancia, debías anunciarla en los periódicos: "De hoy en adelante don Juan se retira del mercado para dedicarse a escribir sus memorias".

DON JUAN. — No, no me entiendes... Tu ironía demues-

tra que no me entiendes... Yo no quiero que suceda nada.

DOÑA ANA. — Deja que te bese.

DON JUAN (*sobresaltado*). — ¡No!

DOÑA ANA. — ¿Por qué tienes miedo? Soy una mujer como las otras que ya besaste...

DON JUAN. — Tal vez... Pero hace muy poco, cuando no sabías que yo era don Juan, te quedaste dormida y yo aproveché para...

DOÑA ANA (*interrumpiéndolo*). — ¿Y me besaste cuando yo dormía?... Es una actitud indigna de ti.

DON JUAN (*tímido*). — No te besé... Apenas si te dije algunas cosas...

DOÑA ANA. — ¿Qué cosas dice don Juan cuando una mujer duerme que no pueda decir para que ella las oiga?

DON JUAN (*casi sofocado por la timidez*). — Las cosas que don Juan nunca dijo a mujer alguna.

DOÑA ANA. — ¿Y tú me las dijiste a mí?

DON JUAN (*en el pináculo de la timidez*). — Las dije.

DOÑA ANA. — ¿Y me hiciste perder ese momento? Es imperdonable de tu parte. Repite lo que dijiste.

DON JUAN. — ¡Nunca! (*Se sienta en la otomana.*)

DOÑA ANA. — ¿Cómo quieres que te lo pida? (*Le acaricia el cuello.*)

DON JUAN (*retrocediendo*). — Por favor, tengo cosquillas. (*Fuera, se oye nuevamente la "Romanza".*)

DOÑA ANA. — ¿Oyes esa música? ¡Qué linda es!

DON JUAN. — ¿Qué música? Yo no oigo ninguna música.

DOÑA ANA. — Dime lo que dijiste... ¿Qué querías estrecharme en tus brazos? ¿Qué querías morder mis labios?

DON JUAN. — No me gusta escucharte esas cosas.

DOÑA ANA. — Parecería que nunca las hubieras oído a nadie. Dime lo que dijiste...

DON JUAN (*en un supremo esfuerzo*). — Te dije: "Yo te amo".

DOÑA ANA. — ¡No...! Es la única cosa que no dices, que no sabes decir. ¿No te das cuenta qué falsas resultan esas palabras en tu boca? ¡Repítelas!

DON JUAN (*el esfuerzo es enorme*). — Yo te amo. (*Cesa la música.*)

DOÑA ANA. — Dí que me quieres, dí que quieres mi cuerpo, que me quieres maltratar de deseo, que me quieres revelar todos los placeres del mundo, que me quieres ver agonizando de amor saciado, que me quieres ver llorando porque me desprecias, porque me echas después de haberme hecho conocer el amor, pero no me digas que me amas.

DON JUAN. — ¿Por qué, si yo te amo?

DOÑA ANA. — Porque no es verdad. Nunca fue verdad con mujer alguna. Las otras pueden permitir que lo digas, pueden darse el lujo de esa ilusión, pueden aceptar tu mentira. Pueden disimular que creen porque así se justifican ante sí mismas. Yo, sin embargo, no necesito de eso. Te dispense del sacrificio de la mentira. Si yo consigo arrancarte un sollozo de placer, valdrá mucho más...

DON JUAN (*arrodillándose, habla angustiado*). — ¡Pero yo te amo!

ISABEL (*entrando de repente a las últimas palabras de don Juan*). — ¡Pero es inconcebible!

DON JUAN (*levantándose*). — ¿Qué es lo que es inconcebible?

ISABEL (*a Ana*). — ¡No puede ser! ¡No puede ser! Que luzcas tus impudicias con el criado, con todos los criados que quieras, esto va contigo, ya que te divierte. Pero que llegues a esta casa y comiences por el criado hasta llegar al patrón, esto no lo consiento. ¡Y todo en una sola noche! ¡Ahora verás!

DON JUAN. — Isabel, ¡modérese!

ISABEL. — ¡No me modero nada! Me arrojas por la ventana como si yo fuera un objeto inútil, y te lanzas a los pies de esa lameplatos que no hace diez minutos estaba toda derretida con tu lacayo. Esto excede todas las indecencias que yo haya oído aquí en Sevilla. Excede todos tus casos, don Juan, el caso de esta chiquilina que aparece de pronto como una... una... ¡una doña Juana! ¿Qué es lo que quieres tú? (*A doña Ana.*) ¿Hombres? El palacio está lleno de ellos, la corte, el reino entero. ¡Ahí tienes al ejército español! ¡El más bravo ejército del mundo... Todavía hay moros en esta tierra, moros fortísimos... Pero deja en paz a este

[40]

hombre... Vete de aquí, vete de aquí, antes que toda esta farsa se transforme en una tragedia!

DON JUAN. — Si dejaras un espacio de silencio entre dos palabras yo tendría oportunidad de hablar.

ISABEL. — ¡Qué oportunidad ni oportunidad! Están ahí, en las calles de Sevilla más de cien hombres en busca de esa niña, y ella viene aquí y de una sola pedrada mata a dos... pájaros.

DON JUAN (*interrumpiéndola*). — ¡Isabel, por favor!

ISABEL. — No hay explicación posible, querido mío; estás siendo víctima de una real seductora, de una... una...

DOÑA ANA. — Mi estimada señora, yo no pretendo defenderme. Pero estará de acuerdo conmigo en un punto: ¡clase es clase!

ISABEL. — ¡Clase es clase, pero yo me voy de aquí a decirle a tu padre la clase de clase que tienes! ¡Diviértanse mientras les quede tiempo, porque después habrán de pagármelo! (*Sale por izquierda. Don Juan suspira, aliviado.*)

DON JUAN. — ¡Te amo!

DOÑA ANA. — ¡Es tu método más ridículo! Toma mis manos. Mírame en los ojos. (*Ella le toma las manos y lo mira en los ojos.*)

DON JUAN. — ¡Es difícil mirarte en los ojos!

DOÑA ANA. — No exijas a tus nervios un temblor que no es sincero. Ahora, acerca tu rostro... (*Ella misma acerca su cara como si fuese a besarlo. Don Juan se desprende, levantándose de un salto.*)

DON JUAN. — ¡No, no! ¿No comprendes que es diferente? ¡No comprendes que yo te quiero! Tal vez me alegra obtener tu consentimiento, pero no "ese" consentimiento... ¿Será que nunca podré decir a alguien "te amo" sin que estas palabras dejen de tener un aire canalla? ¿Será que no puedo besar el ruedo de tu vestido sin que parezca una licencia de seductor...? Yo no quiero ser el burlador para ti, quiero ser una persona a quien ames... Es sórdido que las mujeres me busquen para su amor como si yo fuese una prostituta, y me rehusen un cariño sin sobresaltos, un cariño prolongado y ya sin deseos, apenas un cariño dentro de un destino común...

[41]

DOÑA ANA. — Tienes una manera curiosa de conquistar mujeres, don Juan. Esta no consta en el manual de tu lacayo.

DON JUAN. — Por favor, no hables así... No es un método; el amor no tiene métodos... No quiero tu cuerpo, ni el orgullo de poseerte, ni tu remordimiento, ni mi triunfo. Quiero tu futuro, quiero que digas también: "te amo" y que esto no sea una frase, sino el día de mañana, y después... y después...

DOÑA ANA. — ¿Qué quieres decir con eso?

DON JUAN. — Que te cases conmigo.

DOÑA ANA. — ¡Pero eso es ridículo!

DON JUAN. — Es la verdad, y sólo puedo decirla con esas palabras. Hay siempre un poco de ridículo en las verdades.

DOÑA ANA. — ¿Ya imaginaste a la corte, a la nobleza, a la sociedad toda recibiendo nuestra participación de casamiento? "Doña Ana de Ulloa tiene el honor de participar su matrimonio con don Juan Tenorio..." ¿Imaginaste la risa que va a provocar en toda España, en toda Europa? ¿Te imaginaste en ropas de etiqueta levantando mi velo y, en el atrio de la iglesia recibiendo puñados de arroz entre las murmuraciones de los invitados? Los hombres como tú no pueden hacer estas cosas porque luego pasan por imbéciles. Para ser fiel a una mujer un hombre necesita tener mucha imaginación, o no tener ninguna... ¿Y qué seguridad podrás tener de mi virtud, si fue don Juan quien me sedujo, y no un fulano cualquiera?

DON JUAN. — El seductor es siempre un fulano cualquiera. Yo te convertiré. Tendrás la virtud de ser la esposa de don Juan...

DOÑA ANA. — Yo te guardaré como guardan los museos las cosas célebres e inútiles

DON JUAN. — Tu presencia hará que los dos olvidemos mi pasado.

DOÑA ANA. — El pasado no se olvida. Es por eso que es pasado. Todo lo que somos, todo lo que sabemos está contenido en el pasado. ¿O será que descubres un placer nuevo en poseerme después de hablarme de una especie de amor que no es el tuyo? ¿El que se lee en los periódicos: "La sedujo con promesa de casamiento"?

[42]

DON JUAN (*desesperado*). — ¿Cómo podré convencerte? ¿Cómo podré demostrarte que digo la verdad?

DOÑA ANA. — No puedes, don Juan, porque esta verdad no te pertenece. Tómame en tus brazos y dame la única verdad de que eres capaz. (*Lo abraza.*)

DON JUAN (*se desvencija, angustiadísimo*). — Esta no es mi verdad, ¡te lo juro!... Si supieras cuántas y cuántas veces la experimenté...

DOÑA ANA. — ¡Tonto! ¿Qué quieres más? Tengo dieciocho años y nunca nadie vio cómo es de hermoso mi cuerpo. Sólo un pescador me vio bañándome en el río, y mi padre lo mandó azotar. Y cuando lo azotaban, decía: "Aun así, vete la pena". Hombre alguno conoce el sabor de mis besos. Sólo mi primo me besó detrás de una puerta y luego partió para dejarse matar en la guerra con los moros porque no podía olvidar lo que yo ya tenía olvidado. Cada instante que pasa me vuelvo más vieja para tu placer. Cada segundo que corre es un segundo perdido y ese pasado no podrás alcanzarlo más, por más que lo intentes.

DON JUAN. — Yo soñaba que podríamos tener una casa de paredes blancas, donde vivirías una vida diferente de todo lo que dices... Dime: ¿conoces alguna receta para hacer dulce de ciruela?

DOÑA ANA. — ¡Oh!

DON JUAN. — Mi madre hacía un dulce de ciruelas que era elogiado por toda la vecindad.

DOÑA ANA. — No hables de esas cosas, que no te queda bien...

DON JUAN. — ¿Y un atado de ropa? ¿Sabes hacer un atado de ropa? Leporello siempre se deja engañar en la cuenta.

DOÑA ANA. — ¿Pero, serás el mismo don Juan?

DON JUAN. — Por la tarde, cuando yo regrese, me esperarás secándote las manos en el delantal...

DOÑA ANA (*sacudiéndolo por los hombros*). — ¿Tú eres don Juan? ¡Habla!

DON JUAN. — No. No soy don Juan.

DOÑA ANA. — ¿Cómo es el nombre de tu criado?

DON JUAN. — Leporello.

[43]

DOÑA ANA (llamando). — ¡Leporello! (Leporello aparece.)

LEPORELLO. — ¡Señora!

DOÑA ANA. — ¿Conoces algún otro método?

LEPORELLO. — Todavía no lo inventé, señora.

DOÑA ANA. — Yo conozco uno. Tómame de la mano. (Leporello toma la mano de doña Ana.) ¡Llévame!

LEPORELLO. — ¿Adónde?

DOÑA ANA. — ¿Adónde? ¿Tú tampoco sabes? ¿Adónde me llevaría don Juan ahora? (A don Juan.) Mañana toda Sevilla conocerá una nueva hazaña tuya.

LEPORELLO (a don Juan). — ¿Funciona o no funciona mi tratado? (Está exultante.)

DOÑA ANA. — Venga. (Lo arrastra hacia la puerta de la derecha. Don Juan siéntase compungido. La puerta se abre y por ella asoma la cabeza de Leporello. Leporello le hace una seña a don Juan para que vaya. Don Juan sacude la cabeza negativamente. Leporello entra de nuevo en escena.)

LEPORELLO. — Pronto, don Juan. Las luces están apagadas. La dejé en el cuarto azul al final de la galería. Tal vez ella ya esté desatando algún lazo de su cabellera. No hay nada más hermoso que una mujer despeinándose. ¡Vamos! ¡A pesar de todo, te estoy dando una oportunidad!

DON JUAN (amargo, iritado). — ¿Por qué volviste?

LEPORELLO. — ¿No te interesa? ¿Perder una cosa así? Yo supe en la plaza que la propia reina insinuó que la desaparición de doña Ana era obra tuya...

DON JUAN (sacudiendo la cabeza). — Siento lo que nos impide ser don Juanes: escrúpulos.

LEPORELLO. — ¿Escrúpulos? ¡Esto es horrible! Ella está esperando... ¡Uno de los dos tiene que ir!

DON JUAN. — ¡Ve, entonces!

LEPORELLO. — Pero todo está listo... ¡En la oscuridad!

DON JUAN. — Cómo cuesta la última dosis de valor para un acto reprobable... Ella es tan frágil, tan confiada, tan al alcance de todo... Es curioso cómo me desarma el consentimiento de una mujer...

LEPORELLO. — ¡Qué hombre increíble! ¡Mira que si no vas, voy yo! (Una pausa.) Tiremos a suertes. ¿Aceptas?

[44]

DON JUAN. — Por lo menos la gente reparte responsabilidades con el azar. Acepto. ¿Cartas?

LEPORELLO. — Cartas. La mayor vence. (Extrae del chaleco un mazo, lo extiende en el piso.) Tú, primero.

DON JUAN. — No. Tú.

LEPORELLO. — Los dos.

DON JUAN. — Los dos. (Están indecisos. Se miran, adelantan las manos. Cada uno saca una carta. La mira, mira la del otro. Y vuelven a mirarse en los ojos, serios, mientras cae el TELÓN.)

### ACTO TERCERO

La escena está iluminada y vacía. Por el balcón sube DOÑA ISABEL, seguida por el COMENDADOR DON GONZALO DE ULLOA. Ella le hace señas para que suba de prisa. Él aparece sofocado. Doña Isabel salta el balcón y ayuda al Comendador a saltar.

COMENDADOR. — ¡Uff!... Mi señora, lo que estamos haciendo conspira contra todas las reglas de la buena sociedad...

ISABEL (haciéndole señas para que hable despacio). — Tu hija está aquí, don Gonzalo. ¿Crees que eso es cosa de la buena sociedad?...

COMENDADOR. — No puedo creerlo... Imagina: cuando el emisario del convento me dijo que Ana había desaparecido y venía para Sevilla, no tuve más remedio que pedir ayuda a la policía. La reina me recibió en audiencia y cuando supo que la niña habíase fugado se puso furiosa. Pidió al rey que pusiese la guardia real a mi disposición. La señora sabe que soy un grande de España, el más leal servidor de sus majestades y quedaré deshonrado si esto se convierte en un escándalo.

ISABEL. — ¿No te pasó por la cabeza que la niña podía estar en casa de don Juan?

[45]

COMENDADOR. — La reina luego aceptó esa hipótesis... Insistió para que yo viniese a la casa de don Juan. La reina está indignadísima! Yo me permití refutarla con respeto, pero con energía. Don Juan es tan amigo mío...

ISABEL. — Ningún hombre respeta amigos cuando se trata de una mujer, don Gonzalo. ¿Acaso el Comendador respetó, ya no digo a los amigos, pero a las conveniencias en el baile de la duquesa de Olivares, cuando me abrazó por la cintura en un ángulo del salón, y empezó a besarme los hombros, el cuello?...

COMENDADOR. — Sólo te acuerdas de aquella noche para recriminármelo. Nunca te refieres a ella con nostalgia.

ISABEL. — Y ahora, cuando subías al balcón, ¿no miraste para arriba?

COMENDADOR (*jingiéndose ofendido*). — ¿Yo?

ISABEL. — ¿Por qué te cansaste tanto, y me pedías que subiera más despacio, y me empujabas por la saya, y?...

COMENDADOR. — Isabel, soy un padre que busca una hija desaparecida y, según dices, amenazada por el ludibrio. Fue con esa acusación que viniste a buscarme. Cometí una falta imperdonable en un hidalgo: dudé de la afirmación de la reina, pero creí en la tuya. ¿Juzgas que en un momento como este yo habría de proceder de modo tan indigno?

ISABEL. — Miraste para arriba, sí. Hubo un momento en que tus ojos brillaron más. Y no era de rabia por don Juan.

COMENDADOR. — Insisto en afirmar que el momento no se presta para esas bromas. Soy un viejo a quien obligaste a subir por unos gajos de hiedra para invadir la casa de un amigo. Decías que yo encontraría a mi hija en los brazos de don Juan. Y no veo a nadie.

ISABEL. — No parece que tengas experiencia en estas cosas... El salón comedor sólo sirve para los preliminares. Después de los primeros instantes necesita confortación...

COMENDADOR. — Isabel, ya te di el gusto, acompañándote hasta aquí. Comprobamos que no hay nadie. Retirémonos antes que mi presencia se torne en un insulto para don Juan. (*En otro tono.*) Vamos para el jardín...

ISABEL. — Porque vislumbra una oportunidad dejas a tu

propia hija en peligro, y tratas de llevarme al jardín de la casa de tu amigo.

COMENDADOR. — Mi hija no está en peligro... Ya debe estar en casa... Seguramente fue a misa y...

ISABEL. — ¿A misa? ¿Entonces huyó del convento para asistir a una misa? ¡Es el colmo de la devoción! Un poco más y doña Ana de Ulloa será canonizada. Pero la verdad es que ella está aquí. Yo la vi con estos ojos que la tierra ha de comer.

COMENDADOR. — Pues es... ¿Por qué has de entregar a la tierra unos ojos que podrías dejar que fuesen míos unos minutos?... Vamos, si mi hija estuvo aquí fue sólo una visita de cortesía...

ISABEL. — ¿Desde cuándo, en Sevilla, las muchachas visitan a los rapaces de noche y por simple cortesía? Y tan luego a don Juan...

COMENDADOR. — Volvamos al jardín... Hoy hay una luna...

ISABEL. — La luna que sirve para un hombre de sesenta años, puede servir también para un hombre de treinta...

COMENDADOR. — El balcón es el que no sirve más. Fue una crueldad que me hicieras subir por ese balcón...

ISABEL. — Pues yo lo encuentro muy fácil... Creo que don Juan lo preparó a propósito. Es el único balcón florido de Sevilla, ¿no reparaste? Los otros están feos y desnudos. Los padres mandaron cortar los gajos de hiedra que los adornaban desde que don Juan llegó. ¡Temen que él suba por las ramas como un lagarto y caiga en el lecho de las pobres hijas adormecidas. ¡Mal saben ellos que las inocentes criaturas son las que se dedican a ese deporte!

COMENDADOR. — Inclusive tú, que conoces tan bien el camino... (*Airado.*) Lo conoces, ¿no es cierto?

ISABEL. — A la postre, ¿viriste aquí para limpiar tu honra de padre o para hacerme una escena de celos?

COMENDADOR. — ¡Confiesa que ya has estado aquí!

ISABEL. — ¿Y qué hay con eso? Sevilla está llena de mujeres que frecuentan departamentos... ¿Vas a pedirle a la policía que lo prohíba? La policía sevillana ni siquiera pien-

sa en prender a los ladrones: no hace otra cosa que detener estudiantes...

COMENDADOR. — Entonces confiesas que has estado aquí... ¡Cómo me hiere esto, Isabel!

ISABEL. — ¿Te duele más que el saber que tu hija también vino?...

COMENDADOR. — Ella no está aquí. Tengo el derecho de creer que no dices la verdad. Para mí que lo que quieres es vengarte de don Juan...

ISABEL. — ¿Por qué?

COMENDADOR. — Porque él, tal vez, te desdeñe... (*Con vehemencia.*) Pero yo te quiero, yo te quiero y valgo tanto como él...

ISABEL. — ¿Vas a recomenzar? Parece que la casa de don Juan comunica su fiebre a todos los que entran en ella...

COMENDADOR. — Si supieras cuánta dicha soy capaz de proporcionarte todavía...

ISABEL. — A tu edad un hombre no debe ofrecer dichas sino capas de piel... Pero convengamos que este no es el momento más oportuno. Tu hija desapareció. Saliste en su busca con la policía y todos tus lacayos, y los pajes de la corte, la guardia de la reina y no sé quiénes más. Jurabas que matarías al responsable, si le hubiera pasado algo a tu hija. Yo te dije dónde estaba. Te traje hasta aquí. Viniste. Y en vez de proceder como manda el código de honor de un caballero, comienzas a decirme galanterías y a hacerme propuestas...

COMENDADOR. — Soy un Grande de España, conozco el código de los caballeros, y mi hija no está aquí.

ISABEL. — Como padre eres extremadamente descuidado. Como marido serías muy cómodo para una mujer como yo.

COMENDADOR. — No, tú no me engañarías... No sabes cuánto amor podría ofrecerte...

ISABEL. — Sólo empezaré a creer en tus palabras cuando te dispusieras a vengarte de don Juan.

COMENDADOR. — Pero, ¿por qué vengarme? Ese mozo es mi amigo. Es un mozo correcto, tiene sus locuras de muchacho, yo también tengo las mías... Pero no tengo nada que vengar. (*Atusa sus bigotes. Satisfecho.*)

[48]

ISABEL. — Si no por causa de tu hija, por mi causa.

COMENDADOR. — ¿Por tu causa? ¡Ahora está! Si él te mandó a paseo, yo le debo estar agradecido. Esta vez es mi turno.

ISABEL. — Y tú, un grande de España, ¿me aceptas después que él me despreció, como un objeto de segunda mano? Para tu orgullo, sólo sería decente si me hubieses arrebatado de sus brazos a punta de espada. Admitamos que él me desprecia. Me desprecia por tu hija. Ahí está: haz lo que manda tu honra y entonces tendrás el premio.

COMENDADOR. — ¿Quieres que yo?...

ISABEL. — Justamente lo que estás pensando. Hazlo. La ciudad entera dirá que eres un padre ejemplar. Y yo quedaré libre de pensar en ese hombre y de sentir su desdén... Y entonces te esperaré con los brazos abiertos...

COMENDADOR. — ¿Estás hablando en serio?...

ISABEL. — ¡En serio, sí! No tengas recelos. Habrás prestado un servicio a la colectividad. Todos los padres de Sevilla te aplaudirán. Todos los maridos de Sevilla te consagrarán. Te ganarás una estatua en la plaza. El rey te hará ministro. Y yo te haré mi marido.

COMENDADOR. — Pero... ¿matarlo, Isabel?

ISABEL. — ¿Entonces? ¿Tienes asco de matar? ¿A cuántos mataste en Lepanto? ¿A cuántos mataste al servicio del rey? ¿Por qué no uno más... por mi causa?...

COMENDADOR. — Pero, ¿a un amigo?...

ISABEL. — Un amigo que roba a tu hija... Un amigo que se llama don Juan Tenorio... Un amigo que es un peligro público. Cuando pases por la calle todos dirán: "¡Aquél es el hombre que libró a España de su mayor corruptor!". No hay como el aplauso de las multitudes para sofocar cualquier escrúpulo de conciencia. Los políticos lo saben perfectamente. Lo que te estoy ofreciendo es la gloria. Y la felicidad junto a mí.

COMENDADOR. — Tus palabras tienen lógica. Pero tu voz tiene un acento de maldad.

ISABEL (*acariciándolo*). — Mi voz también sabe ser buena...

[49]

COMENDADOR (*después de palpar el puñal que lleva en el cinto*). — ¡Huye!

ISABEL. — ¿Vas a hacerlo?

COMENDADOR. — ¡Huye!

ISABEL. — El premio de un beso... como anticipo. (*Lo besa en la cabeza y se encamina al balcón.*) Las habitaciones están de aquel lado. (*Señala la puetra de la derecha. Luego, doña Isabel desciende por el balcón ayudada por el Comendador. Él queda solo y contempla a la luna desde el balcón.*)

COMENDADOR. — Es una extraña sensación esta de mirar las ventanas que se apagan, los árboles quietos, la luna, y saber que vamos a matar un hombre... Yo debía sentir odio a causa de mi hija y, sin embargo, no es por ella que lo siento... (*Avanza hacia la puerta de la derecha, pero se detiene indeciso.*) ¡Oh, quiero sentir odio, para poder hacer lo que voy a hacer! (*Medita, deja el puñal en el cinto y toma una espada de la panoplia.*) ¡Como un caballero! (*Vuelve hacia la puerta de la derecha y llama.*) ¡Don Juan! (*Reflexiona.*) En el jardín es mejor... (*Al pasar por la mesa da con el libro, se detiene, lee.*) "El arte de hacer amantes y conquistar mujeres", ¡ah, bribón! (*Hojea y lee.*) Hum... hum... Interesante... No está mal, no está mal... (*Una idea.*) ¿Dónde estará Isabel? (*Después de echar una mirada furtiva, toma el libro y lo enfila resueltamente en un bolsillo del jubón.*) ¡Utilísimo! ¡Utilísimo! (*Baja por el balcón, diciendo siempre.*) ¡Utilísimo!

DON JUAN (*entrando por la izquierda, mientras Leporello entra por derecha*). — ¿Oíste voces?

LEPORELLO. — No, señor... Pero tenemos otra allá adentro. (*Señala izquierda.*)

DON JUAN. — Otra.

LEPORELLO. — Otra... En el cuarto color rosa.

DON JUAN. — ¿Tú la dejaste entrar?

LEPORELLO. — Por la puerta de atrás. Nadie vio.

DON JUAN (*tomándolo por el cuello y sacudiéndolo*). — ¿Estás loco? ¿Una más?

LEPORELLO (*debatándose*). — ¡Óyeme, óyeme! (*Consigue llegarle al oído y decirle algo.*)

[50]

DON JUAN (*en el colmo de la estupefacción, surta a Leporello y se desploma en una silla*). — ¡Dios mío del cielo!

LEPORELLO. — Vino cuando supo que doña Ana estaba aquí. Quiere tener el privilegio de aventajar a doña Ana.

VOZ DEL COMENDADOR (*afuera*). — ¡Don Juan!

DON JUAN (*levantándose de un salto*). — ¡El Comendador! (*Se precipita por la puerta de izquierda. Leporello permanece indeciso sin saber si salir por la puerta de izquierda o de derecha.*)

LEPORELLO (*echa un vistazo a la mesa y se espanta*). — ¡Me robaron el tratado! (*Por el balcón irrumpe el Comendador empuñando la espada.*)

COMENDADOR (*terrible*). — ¡Ah! ¿Dónde está tu amo?

LEPORELLO. — Está... en... en... el jardín.

COMENDADOR (*alarmado*). — ¿En el jardín? ¿Con... alguien? (*Avanza hacia la puerta de izquierda.*)

LEPORELLO. — Señor Comendador, por caridad, no haga eso.

COMENDADOR. — ¡Apártate, o serás el primero en morir! (*Leporello se aparta trémulo, en el apogeo del pánico. El Comendador está por salir, pero se detiene.*) Tú, ¿viste a mi hija?

LEPORELLO. — ¿Q... qué... qué... hi... hija?

COMENDADOR. — ¡Mi hija, qué diablos, la única que tengo! ¿La viste? ¡Responde!

LEPORELLO. — ¡Yo... yo... no... no... vi... a nadie!

COMENDADOR. — ¡Tu amo morirá hoy, miserable! (*Sale por izquierda, espada en ristre. Leporello corre a derecha nervioso.*)

LEPORELLO (*llamando, bajo*). — ¡Doña Ana! ¡Doña Ana!

DOÑA ANA (*aparece por derecha*). — ¿Y? ¿No vienes?...

LEPORELLO. — No es hora de eso, doña Ana... Tu papá... tu papá está ahí... te busca...

DOÑA ANA (*contentísima, batiendo palmas*). — ¡Qué bueno! Ahora no me casaré con el duque sino con tu patrón.

LEPORELLO. — Él entró a matar a mi patrón. (*Señala la puerta de izquierda. Ella se precipita, pero tropieza con don Juan que entra.*)

DON JUAN. — ¿Todavía no terminaron las indecencias?

[51]



DOÑA ANA. — Mi padre está aquí. ¡Sabe todo!

DON JUAN. — ¿Que estuviste en la alcoba con mi criado?

LEPORELLO. — Yo no estuve, don Juan.

DOÑA ANA. — No, no estuvo...

DON JUAN (*a Leporello*). — ¿Crees que no te conozco? Puedes llevarla. Dile a don Gonzalo que su hija va a casarse con un lacayo.

LEPORELLO (*con absoluta dignidad*). — ¡Don Juan, te prohíbo que la ofendas!

ISABEL (*entrando por la izquierda, furiosa, a don Juan*). — ¡Estabas aquí! Estabas aquí nuevamente con ese vampiro. (*Señala a Ana*.) ¿No estabas en el jardín? ¿Quién tuvo la osadía de agarrarme y de besarme y?... ¡Oh, un desconocido!

DOÑA ANA. — ¡Fue papá!

ISABEL. — Tu padre estaba en esta sala.

DOÑA ANA. — Entonces, fue Leporello.

DON JUAN. — ¡Leporello estaba contigo en el cuarto!

ISABEL (*con ternura, para demostrarle a doña Ana que don Juan le pertenece*). — Fuiste tú mismo, don Juan... Siempre me amas en la oscuridad...

DON JUAN. — ¿Piensas que soy yo? (*Señalando a Leporello*.) ¡Es él quien siempre va en mi lugar!

DOÑA ANA. — ¡Ah, qué delicia! ¡Papá debía oír esto!

ISABEL. — ¿Qué es lo que tiene? ¿Acaso tú no estabas también en el cuarto con el lacayo?

DOÑA ANA. — Te engañas muy bien. Quien estaba conmigo en el cuarto era don Juan.

ISABEL. — Vamos, doña Ana... ¡Terminaremos por llegar a la conclusión de que quien estaba en el cuarto era tu propio padre!

DOÑA ANA. — ¡No, mi querida! ¡Yo no confundo a los hombres!

COMENDADOR (*entrando por la derecha, terrible, espada en mano*). ¡Ah, reza de prisa, villano! (*Avanza hacia don Juan*.)

DON JUAN. — Estoy sin armas, don Gonzalo, pero si quieres matarme...

[52]

DOÑA ANA (*interponiéndose entre los dos*). — ¡No, padre mío, no!

COMENDADOR. — ¡Morirás primero, hija mía!

LEPORELLO (*colocándose delante de doña Ana*). — ¡No, don Gonzalo, no!

COMENDADOR. — ¡Entonces serás tú el primero, miserable!

ISABEL (*colocándose delante de Leporello*). — ¡Éste, no, Gonzalo!

COMENDADOR. — ¿Tú quieres a este lacayo, Isabel? ¡Ah! Y recién no más, conmigo, en el cuarto... tú me tomaste por don Juan... y yo apliqué lo que había leído en el tratado...

DON JUAN. — ¿En el cuarto? ¿Qué cuarto?

COMENDADOR (*señala la puerta de la derecha*). — El segundo de la izquierda, después de la puerta.

LEPORELLO (*atónito*). — ¡El de color rosa!

COMENDADOR. — Diles, Isabel...

ISABEL. — Yo no estaba allí...

DON JUAN (*con la mano en la cabeza, afligidísimo*). — ¡Mi Dios!

COMENDADOR. — ¿Quién era entonces? ¡Díganlo en seguida!

DON JUAN. — Señor Comendador, por amor de Dios... Escuchen por caridad, se lo suplico a todos. Permítame hacerlo... Voy a apagar las luces, todas las luces... Y me permitirán que... la... persona que está en aquel cuarto salga sin ser vista. ¡Apelo a tu caballerosidad, Comendador! ¡A la generosidad de estas damas! ¡Por amor de Dios!

COMENDADOR. — ¡Vamos, haga! (*Todos están estáticos. Leporello se adelanta, sopla las velas una por una. El se queda en la más completa oscuridad. Una pausa.*)

VOZ DE DON JUAN. — Por aquí... mi... mi señora.

VOZ DE ANA. — Yo conozco ese perfume... ¿Dónde fue que lo sentí?...

VOZ DE DON JUAN (*atribuladísima*). — ¡Doña Ana, te prohíbo que identifiques ese perfume! ¡Listo! (*Reenciende las velas. Todos están en el mismo lugar, pasmados. La sala se ilumina.*)

ISABEL (*airada*). — ¡Tú me engañabas con otra! (*De*

[53]

pronto se transfigura, contentísima, como quien resolviera una charada.) ¡Ah! ¡Ya sé quién era! ¡Ya sé quién era!

DON JUAN. — ¡Cállate!

DOÑA ANA. — Tenías a otra...

ISABEL. — ¿Saben quién era? (Señales desesperadas de don Juan a Leporello para evitar que ella lo diga.) ¡La reina de España! (Sorpresa general.)

DOÑA ANA (espanto victorioso). — ¡Papá, usted!... (El Comendador se derrumba sobre una de las sillas, apoplético.)

LEPORELLO (exultante consigo mismo). — ¡Qué tratado! ¡Qué tratado! (Acuden al Comendador. Lo abanicán.)

COMENDADOR (jadeante). — ¡Qué desgracia, Dios mío!... Yo... y... la reina... Don Juan, te espero... en la plaza. Espada en mano. (Se levanta.) Así dispone que lo haga el Código de Honor de los Caballeros. ¡Defenderé la honra de mi reina y de mi hija!

DOÑA ANA. — A esta altura el asunto honra ya no tiene ninguna gracia...

LEPORELLO. — Señor Comendador, a fin de cuentas, quien estuvo con la reina no fue ninguno de nosotros, fuiste tú mismo...

DON JUAN. — ¡Cállate! ¡Estoy a tu disposición, don Gonzalo! Serás el valiente que defendió la honra de tu reina y de tu hija. (El Comendador se incorpora, toma la espada y sale. Don Juan también toma su espada y va a salir.)

DOÑA ANA. — ¿Vas a matar a mi padre?

DON JUAN. — Voy a dejarme matar, señora. Por tu honra. (Sale por izquierda espada en puño. Un silencio opresor. Quieren hablar, míranse. Van a hacer un gesto. Vuelven a callar.)

UNA VOZ, AFUERA. — ¡Abran la puerta! ¡Abran la puerta, en nombre del rey! (Leporello corre al balcón.)

LEPORELLO. — ¿Quién habla en nombre del rey?

LA VOZ. — ¡El jefe de Policía! ¡El Comendador don Gonzalo de Ulloa fue encontrado muerto en la plaza! (Doña Ana se desploma en una silla.)

LEPORELLO. — ¡Huya, huya, doña Ana!

DOÑA ANA. — Abre la puerta, Leporello. (Música. Trucho

acelerado de Eine Kleine Nachtmusik hasta que vuelvan la luces. Las luces se apagan y cuando vuelven a encenders regresamos al final del primer cuadro del primer acto. La estatua del Comendador está de pie en el mismo lugar y don Juan termina su historia.)

DON JUAN. — Y así fue. Tu cuerpo fue encontrado en la plaza. Toda Sevilla murmura que yo te maté. Pero no ha pruebas. Por eso la justicia de los hombres nada puede hacer contra mí. Mis parientes me aconsejan huir, pero esto sería una confesión. Ni siquiera puedo despedir a mi criado, por que sería sospechoso.

COMENDADOR. — ¿Entonces asumes la culpa?

DON JUAN. — Delante de todos soy tu asesino. Mi espada estaba clavada en tu cuerpo. Debo soportar todo en silencio como un caballero, porque si apurasen la verdad ella afectaría a la familia real. Sólo no me pusieron entre rejas porque no había pruebas y porque la reina intercedió por mí.

COMENDADOR. — ¿La reina?

DON JUAN. — ¡Claro! Piensas que fui yo quien... en el cuarto color rosa...

COMENDADOR. — Tu historia es terrible, pero tiene algo que es hermoso. Yo debía darte tiempo para escribir tu memorias. ¡Como todo lo que España escribe, suscitara un espanto universal!

DON JUAN. — ¡Nunca! Si ni siquiera sé escribir cartas de amor... Leporello es quien las escribe por mí. No sé hacer sonetos ni contar historias, y esto es bueno. En estos tiempos las letras sólo ofrecen humillación y bajeza. Nuestros mejores escritores, Calderón, Quevedo, Molina, tienen que vivir de gorra en la cocina de la corte porque de lo contrario se morirían de hambre... Cuando la princesa de Francia, esa misma que tú..., se casó con nuestro rey, un séquito de nobles franceses la acompañó de París a Madrid, y algunos quisieron conocer a nuestro mayor escritor: Interrogaron a un fraile, que los llevó a una celda sucia y húmeda, y les mostró a un viejo andrajoso. Uno de los nobles dijo: "Pero, entonces, los reyes de España no protegen al escritor que llevó el nombre glorioso de la patria a todos los rincones de Europa?". Y el fraile contestó: "Si la nece-

sidad lo obligó a escribir, quiera Dios que nunca tenga riqueza, a fin de que siendo pobre, torne rica a toda la gente con sus obras". ¿No es sencillamente infame? Aquel viejo desastroso se llamaba don Miguel de Cervantes Saavedra. Levantó apenas los ojos. Y las visitas vieron, en el brillo de su mirada, la mirada orgullosa que toda Europa conoce: la mirada española de Don Quijote de la Mancha. No, Comendador, es preferible ser hábil en la espada, saber enfrentar a un toro en la plaza, conocer el juego de bolos. A éstos la multitud los aplaude y cubre de honores. ¡A los escritores, no! Los escritores reciben honras más tarde. La inmortalidad es un remordimiento de la multitud. ¡Llévame a tu infierno! (*Va hacia el balcón, mira, se da vuelta y dice.*) ¡Tu hija! ¡Hazte invisible!

COMENDADOR. — La desgracia de las estatuas es que no pueden hacerse invisibles. Fuimos hechas para obstruir los paisajes.

DON JUAN. — ¡Escóndete! ¡No la hagas sufrir más!

COMENDADOR. — ¡Caracoles! A fin de cuentas, quien murió fui yo y no ella. (*Retírase por derecha. Entra doña Ana, de luto, por izquierda.*)

DON JUAN. — ¿Qué vienes a hacer aquí?

DOÑA ANA. — Todos los días, cuando pasas a caballo, las ventanas se abren y todos los ojos contemplan con rabia al asesino de don Gonzalo de Ulloa. Sólo mi odio es más fuerte y por eso mi ventana es la única que se cierra.

DON JUAN. — Y cuando paso frente a ella bajo la cabeza como un condenado. ¿Por qué vuelves aquí?

DOÑA ANA. — Porque ahora tu maldad ultrapasó a todas las demás. Me dijeron que ayer fuiste a la plaza y desafiaste a la estatua de mi padre a venir a cenar contigo. ¿Hiciste eso?

DON JUAN. — Lo hice.

DOÑA ANA. — Por eso vine. Puedes lanzar tus sarcasmos sobre los vivos, que ellos te castigarán. Pero no injurias a los muertos. Los muertos no pueden defenderse. Lo que hiciste es cobarde. Injurias la memoria de mi padre, en la misma plaza donde pudo haberte matado como un caballero. Yo vine aquí para vengarlo.

[56]

DON JUAN. — Por Dios, doña Ana, tienes la familia más vengativa del mundo!

DOÑA ANA (*asestándole una puñalada, con un puñal que traía en la mano, oculto por la mantilla*). — ¡No te burlarás más! (*Don Juan la detiene por la muñeca. El arma cae. Él conduce a doña Ana a una silla.*)

DON JUAN. — ¿No pensaste en mi escarnio, la noche en que viniste aquí para ofrecerte?...

DOÑA ANA. — La noche en que mataste a mi padre... Te prohibo que hables de ella. Aquella noche pudo haber sido la de mi amor; fue apenas la de tu crimen.

DON JUAN. — ¿Y no hubiera sido un crimen si te hubiese tomado en mis brazos, y te hubiese llevado a mi alcoba y?...

DOÑA ANA. — ¿Qué derecho tienes de hablar de todo esto? Yo vine porque quise. Mi padre me prometió al duque Octavio, siendo una niña. Pero en el colegio yo sólo oía tu nombre, pronunciado por todas las bocas, entre las risas del recreo, entre las oraciones de la capilla, entre los sueños de la noche, entre los murmullos del confesionario... Y tu nombre me perseguía y me fascinaba... Y yo, como todas, imaginaba el día en que sería entregada a mi prometido antes de haber visto tus ojos junto a los míos. En aquella época, si el don Juan que yo idealizaba hubiese hecho un gesto, yo hubiera sido capaz de matar a mi propio padre. Y, entre tanto, lo que me ofreciste fue el cadáver de mi padre en mitad de la plaza...

DON JUAN. — Y si yo volviera a decirte que te amaba y que por eso era imposible...

DOÑA ANA. — No amabas a nadie. No amas a nadie. Refusó oír la palabra de tu piedad, que no me supiste dar con tu deseo.

DON JUAN. — Si yo pudiera demostrarte...

DOÑA ANA. — Rehuso esta oportunidad. El burlador quiere justificar al asesino.

DON JUAN. — También ahora pierdo la oportunidad. Debo irme en seguida.

DOÑA ANA. — ¿Huyes, al fin?

DON JUAN. — No preguntes. Mis minutos están contados.

[57]

DOÑA ANA. — ¿Alguien más te amenaza? ¿La reina? Finalmente llegaste al miedo. La impunidad también cansa.

DON JUAN. — No es la impunidad que me lleva al miedo. ¿Y si te dijera que no maté a tu padre? ¿Si te lo jurara?

DOÑA ANA. — ¿Qué adelanta lo que jurases ahora? ¿Quién lo habría matado?

DON JUAN. — Supongamos... ¡la reina!

DOÑA ANA. — ¡Mientes! Ella nada advirtió. Y por eso todavía te ama, como las otras, pensando que tú eres quien... Es el remordimiento, don Juan, que te lleva a mentir.

DON JUAN. — Yo no soy bastante bueno para sentir remordimientos. Sientos apenas el remordimiento de haberte perdido.

DOÑA ANA. — Un ejemplar menos en tu colección.

DON JUAN. — ¡No! ¡Tú misma! ¡La única! ¡La que yo desconocía! La irrecuperable, la que yo esperaba y no supe ver en mi camino... Si es esto lo que quieres oír, si es esto lo que te proporciona algún placer... Tú la que podías haber sido todo, tú que me afirmarías en la vida, tú que me apagarías el pasado y me recordarías el futuro, tú que pretendiste ser conmigo un instante de amor, tú que no comprendiste que podría ser toda la vida, toda la vida... (*Don Juan, de rodillas, le besa la orla del vestido.*)

ISABEL (*entrando*). — ¡Ah, los inmundos tortolillos! ¡Cuervos!

LEPORELLO (*entrando también*). — Hice todo para retenerla, ella consiguió escapar y...

DON JUAN. — ¡No importa! ¿Qué quieres aquí?

ISABEL. — Yo soy quien pregunto: ¿qué quiere aquí esta mujer? No tienes el mínimo pudor, ¿no es verdad? No pudiste resistir; volviste. Vamos, ¡entrégate al asesino de tu padre!

LEPORELLO. — Isabel, por favor, a fin de cuentas...

ISABEL. — ¡Cállate, tú! Te engañas. No lo conseguirás. El podrá pertenecer a todas las mujeres, menos a ti... Ningún lugar, ningún palacio, ninguna choza, ninguna taberna osaría recibir al asesino y a la hija del asesinado, como dos hienas lúbricas. Ni siquiera solos podríais estar cuando se apretasen vuestras manos y se mirasen a los ojos y tus senos

[58]

tocasen tu pecho, surgiría una fuerza que rechazaría vuestros cuerpos y vuestras almas, la fuerza de un odio que está en vuestras carnes y prohíbe que ellas se amen!

LEPORELLO. — Isabel, esto no queda bien que lo digas... Los vecinos pueden oír...

DOÑA ANA. — ¿Juzgas que no? Basta una palabra tuya don Juan, y todo lo que ella dice será mentira. Basta que digas: quiero a esta mujer, y yo pasaré por encima de todo y seré tuya.

ISABEL. — Vamos, diga lo que ella quiere. Diga: ¡yo quiero a esta mujer!

DON JUAN. — No debo. Ahora es tarde.

ISABEL. — ¿Ves? Es tarde. Él nunca te quiso, tonta inútil que vengas aquí a prostituirte, es inútil que pase sobre el cuerpo de tu padre. Es a mí a quien quiere. Y soy yo quien lo quiere.

DON JUAN. — Lo que amas, Isabel, son siempre dos brazos anónimos que te enlazan en la oscuridad. Lo que buscas en mí es el destino de todas las mujeres: piensan que sus seductores son don Juanes, y ellos son apenas Leporellos.

ISABEL (*a Ana*). — ¿Por qué es entonces que él no te quiere? (*A don Juan.*) Dile a ella, don Juan, dile: ¡vete ya!

DON JUAN. — Vete ya.

LEPORELLO (*a doña Isabel, como aconsejándola*). — Váyase.

DOÑA ANA. — Discúlpame de haber impuesto mi humillación a tu presencia. Cuando se echa a alguien, hay siempre un poco de perdón en aquél que se ha echado. (*Va a retirarse.*)

DON JUAN. — Por favor, recuérdalo siempre: yo nunca habría osado. Nunca. Y mi remordimiento, como mi tranquilidad, consiste sólo en esto: yo no osé. (*Doña Ana va a salir, el Comendador surge por derecha, cuando todos están vueltos hacia izquierda, por donde va a salir doña Ana.*)

COMENDADOR. — ¡Espera! (*Todos se vuelven.*)

ISABEL. — ¡La estatua!

DOÑA ANA. — ¡Mi padre!

COMENDADOR. — El que fue tu padre, hija mía. Apenas su recuerdo, como un fantasma. Las estatuas somos fantas-

[59]

mas petrificados. Por eso es que los vivos depositan flores a nuestros pies. Para que permanezcamos quietos. ¿No habrías osado?

DON JUAN. — Ya oíste que yo no habría osado. Amo a tu hija.

COMENDADOR. — Esto no prueba nada. Las comisarias están llenas de casos en que los jóvenes se amaban y osaron. Yo osé... y era la reina.

DOÑA ANA. — Él no osó.

COMENDADOR. — ¿Cómo puede saberlo un padre? Si todos se confabularon. ¡Todos aquí merecen el infierno! ¡Tú, don Juan, sedujiste a mi hija! (*A Ana.*) ¡Tú te entregaste a ese hombre!

DOÑA ANA. — ¿Por qué quieres hacermelo confesar? Yo quedé solita... (*A don Juan.*) Había en tu almohada cuando me abracé a ella para llorar, el perfume de tus cabellos...

COMENDADOR. — Tú, Leporello, porque tu oficio es el de alcahuete. (*A doña Isabel.*) Y tú, Isabel, porque me trajiste para matar a un hombre...

DOÑA ANA. — ¿Porqué no revelas a tu asesino?

COMENDADOR. — Tú me asesinaste con la deshonra, hija mía. Tú, don Juan, con la traición a la amistad. Tú, Leporello, con tu tratado de lujuria. Tú, Isabel, con tu desprecio.

DOÑA ANA. — Di quien te mató.

DON JUAN. — Si tienes coraje, habla: ¿quién te clavó mi espada? ¿Yo? ¿Alguno de nosotros? ¿Alguien enviado por la reina?

COMENDADOR. — ¡Míreme bien! ¡Estoy vivo! ¡don Juan! ¡Toma tu espada! ¡Prepárate! ¡Me contarán tu desafío! Es la hora de lanzar a tu rostro: ¿piensas que estás a salvo?

DOÑA ANA. — Padre, yo amo a este hombre.

COMENDADOR. — No lo tendrás, como otros que aman a las mujeres de España y no las consiguen, porque sólo don Juan las consigue!

DOÑA ANA. — Padre, ¡dame a este hombre!

DON JUAN. — Yo no merezco este castigo, don Gonzalo. Nunca fui yo. Él (*Señala a Leporello.*) es quien las seducía, y bien lo sabes, porque sufres a causa de Isabel.

COMENDADOR. — ¡Ven, hija mía!

[60]

DON JUAN. — ¡Esto es más infame que el remordimiento don Gonzalo! ¡Obsérvenlo. Mírenlo bien! ¿Estás vivo? Entonces iré a decirle a la reina que fuiste tú quien... (*El brazo de don Gonzalo descende.*) ¡Esta es tu venganza más torpe! Dejar por un minuto que las cosas vuelvan a lo que eran, y hacer rodar para atrás la rueda del tiempo y distribuir a cada uno de nosotros la certidumbre de lo imposible... ¡Comendador, toma esta taza! ¡Bébela! (*El brazo del Comendador se extiende, toma la taza, yerto, la lleva a los labios, pero la taza se le cae de las manos derramando líquido en su ropa de piedra.*) ¿Están viendo? ¡Es de piedra! ¡todo de piedra! (*Don Juan toma la espada, tiene clavarla varias veces en la estatua. La espada se dobla perforando, mientras don Juan grita.*) ¡Vean! ¡Vean! ¡Es de piedra! ¡Nada más que de piedra! ¡Un bloque de piedra sin alma!

COMENDADOR. — Y porque soy una estatua y no un hombre, todo recomienza en vuestras conciencias. No podréis estar juntos, no podréis miraros.

DON JUAN. — ¡Don Gonzalo, tu mismo te mataste!

COMENDADOR. — Es inútil, don Juan. Nunca podrás probarlo.

DON JUAN (*mientras habla oyese un trozo musical "crescendo", por ejemplo, el "preludio" en mi bemol de Shostakovich, en grabación de Stokowsky.*) — ¡Te mataste sí! Porque no tenías el amor de Isabel. Porque tu hija vino aquí. Porque ultrajaste a tu Reina. Preferiste esta venganza. al desprecio de Isabel, de tu hija, de todos. Preferiste morir a ser condenado por tu crimen! ¡Te mataste para impedir que viviésemos! ¡Pero existe una cosa mayor que el suicidio, mayor que tu venganza: y es que nosotros no amamos! ¡Vuelve a la eternidad, Comendador; vuelve a la leyenda que se formará, de que eres digno, valiente, leal e implacable! ¡Pero intenta luchar con esto: nosotros no amamos! ¡Lucha, fantasma! ¡No eres capaz! ¡No puedes! ¡Tus músculos son de piedra otra vez, tu sangre se heló dentro de la piedra, tu ojos son vacíos y fríos como los de las estatuas! Tus huesos de piedra no consiguen que tus manos vuelvan a moverse. ¡Tu corazón de piedra está paralizado

[61]